

· Jorge Carrol ·



ariaciones sobre
Teoría de la democracia
de Giovanni Sartori

EDITORIAL
**CARA
PARENS**
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR



Universidad
Rafael Landívar
Tradición Jesuita en Guatemala

Jorge Carrol
Nació como Jorge Carro L.
en Buenos Aires, Argentina, en 1933

Obra poética publicada
Inamor. Ediciones La lengua suelta.
Santiago de Chile, 1958
Poemas 1960. Ediciones La palabra
y el mar. Necochea, Argentina, 1960
El heredero universal. Ediciones La
palabra y el mar. Necochea,
Argentina, 1962
Ella es un país ágil en silencio.
Ediciones La palabra y el mar.
Necochea, Argentina, 1962
La vida continúa. Ediciones La
palabra y el mar. Necochea,
Argentina, 1962
El hombre y la tierra. Ediciones
Maldoror. Buenos Aires,
Argentina, 1963
Como arenas ardientes. Ediciones
La palabra y el mar. Necochea,
Argentina, 1963
Hoy hay. Ediciones Victor Libros.
Necochea, Argentina, 1965
Mi soledad es ella. Ediciones Doble
S. Buenos Aires, Argentina, 1966
Andenes. Fondo Editor
Latinoamericano.
Buenos Aires, 1976
Gritos. Ediciones Carrera & Calle.
Bogotá, Colombia, 1986
Tarde. Tarde. Las noches y los días
de Jorge Carrol. Poligráfica,
Panamá, 1987
Soles. (Fragmentos) La columna y el
viento. Bilbao, España, 1995
Soles. Editorial Cultura.
Guatemala, 2005



Variaciones sobre
Teoría de la democracia
de Giovanni Sartori

· Jorge Carrol ·



Variaciones sobre
Teoría de la democracia
de Giovanni Sartori

O cómo luchar en democracia,
por la libertad y contra la corrupción

EDITORIAL
**CARA
PARENS**
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR



Universidad
Rafael Landívar
Tradicón Jesuita en Guatemala

321.801

C319 Carrol, Jorge

Variaciones sobre Teoría de la democracia de Giovanni Sartori : O cómo luchar en democracia, por la libertad y contra la corrupción / Jorge Carrol -- Edición especial, -- Guatemala, Universidad Rafael Landívar, Editorial Cara Parens, 2018.

x, 133 páginas

ISBN de la edición digital: 978-9929-54-238-9

1. Sartori, Giovanni 1924-2017 - Teoría de la democracia - Crítica e interpretación
 2. Democracia - América Latina - Ensayos
 3. Ciencia política - Ensayos
 4. Corrupción política
 5. Literatura argentina
- i. t.

SCDD 21

Variaciones sobre *Teoría de la democracia* de Giovanni Sartori
O cómo luchar en democracia, por la libertad y contra la corrupción

Jorge Carrol

Edición especial, 2018
Universidad Rafael Landívar



Se permite la reproducción total o parcial de esta obra, siempre que se cite la fuente.

D. R. ©

Editorial Cara Parens de la Universidad Rafael Landívar
Vista Hermosa III, Campus Central, zona 16, Edificio G, oficina 103
Apartado postal 39-C, Ciudad de Guatemala, Guatemala 01016
PBX: (502) 2426-2626, extensiones 3158 y 3124
Correo electrónico: caraparens@url.edu.gt
Sitio electrónico: www.url.edu.gt

Revisión, edición, diseño y diagramación por la Editorial Cara Parens.

Índice

Prólogo que intenta ser	vii
Democracia: milonga con variaciones	2
Prohibido prohibir: la libertad comienza por una prohibición	3
En los exámenes, responda con preguntas	7
Sean realistas, pidan lo imposible	10
Digamos siempre no, por principio	14
No puede volver a dormir tranquilo aquel que una vez abrió los ojos	18
Acumulen rabia	21
El sueño es realidad	24
Cada uno de nosotros es el Estado	27
Tomemos en serio la revolución, pero no nos tomemos en serio a nosotros mismos	30
Un pensamiento que se estanca, es un pensamiento que se pudre	34
Desabrochen el cerebro tan a menudo como la bragueta	38
Lo reitero: por principio, siempre diga: no	42
Dad el poder a los muchos y oprimirán a los pocos. Dad el poder a los pocos y oprimirán a los muchos	45
Cambiar la vida. Transformar la sociedad	49
Gracias a los políticos y a las elecciones, el arribismo llega cada 4 años	53

Ninguna forma de gobierno necesita tanto de los líderes como la democracia	57
La libertad no es un bien que poseemos. Es un bien del que, gracias a las leyes, los prejuicios y la ignorancia, nos hemos visto despojados	61
El poder no es propiedad de nadie	65
Siempre es útil estudiar la antigüedad... ..	69
Si no te gusta la imagen reflejada en el espejo, no rompas el espejo, rómpete la cara	73
Elegir es un decir	76
Somos siervos de las leyes para ser libres	79
Las leyes fácilmente cambiables son incapaces de asegurar la protección de la ley	82
La desigualdad es fácil; la igualdad es difícil	85
Para equilibrar desigualdades hay que discriminar en proporción opuesta	88
¿Por qué no colegiar a los políticos?	91
¿Quién controla a los controladores?	94
Mercado o no mercado; esa es la cuestión	97
El mercado no es solo una «mano invisible», es un «cerebro invisible»	100
El mercado es cruel, es triunfalista	103
Vivamos en favor de la libertad y en contra de la corrupción	106
Cambalache	110
Bibliografía	112



Prólogo que intenta ser

Durante 31 semanas consecutivas publiqué (entre el 2001 y el 2002) en el matutino guatemalteco Siglo Veintiuno, en mi columna dominical «Sursum Corda»; lo que he dado en llamar variaciones sobre la lectura de la obra en dos volúmenes del filósofo italiano Giovanni Sartori: *Teoría de la democracia*. Lo hice bajo las premisas de cómo luchar en democracia por la libertad y contra la corrupción. Elegí, al parecer, una forma inédita de género: el ensayo por entregas, porque posibilitaba entre los lectores de un periódico interpretaciones dentro de la más respetuosa pluralidad.

Hoy vuelvo a estas variaciones que comenzaron, de alguna manera, en tiempos de una de las últimas elecciones en mi país, Argentina, ante las alternativas que presentaban los candidatos de ese entonces, modificándolas irreflexivamente.

Comenzaron en busca de respuesta a estas preguntas que eran, sin duda, parecidas a la de todos los electores: *—¿Era Carlos Menem un político realista y Alfonsín un*

idealista? ¿El aparente éxito de uno y el fracaso del otro en materia económica tienen que ver con estas características? ¿El perfeccionismo de las formas y la vocación de satisfacer demandas llevaron al presidente Alfonsín a obtener lo opuesto? ¿El pragmatismo excesivo y su concepción utilitarista de la política llevaron al presidente Menem a tolerar un entorno altamente corrupto? ¿Tienen relación la Realpolitik, la deontología o el mercado con las preguntas anteriores? ¿Existe una forma de estar a favor de la economía y en contra de la corrupción?

Después de las variaciones, la respuesta (única) a todas estas preguntas es sin la menor duda: ¡Sí!

En ellas –las variaciones– se podrá ir planteando otras en búsqueda de adecuadas respuestas.

Pero... las respuestas, premeditadamente, no son explícitas aunque en no pocas ocasiones las variaciones acompañen ejemplos, dentro de un tono coloquial, indispensable para la pluralidad de lectores de un periódico o de una revista, sino una visión de la problemática de la democracia contemporánea en Guatemala, y, por qué no, en Iberoamérica.

No olvidemos que somos colectores de información, acaso para vivir libremente, o desinformados.

Los textos destacados (en **bold** o en **negrita**, llámelos como Ud. quiera) tienen un descarado trasfondo publicitario: destacar el pensamiento sartoriano en el que como dicen los que creen conocerlo, siempre ha estado presente su «*compromiso con las garantías y las libertades de la sociedad abierta*».

La mayoría de los textos entrecomillados son de Sartori, salvo que se indique lo contrario.

Por mi parte, busco en el pensamiento de Giovanni Sartori la orografía de la libertad para naufragar pacientemente mis oprimidos errores.

[«***La palabra es la sombra de la acción***» / Demócrito]

Nueva Guatemala de la Asunción, 12 de enero de 2002
al 12 junio de 2008

The background of the page is a complex, abstract pattern of overlapping, nested geometric shapes, primarily triangles and polygons, rendered in a light gray color. The lines are thin and create a sense of depth and movement, reminiscent of a woven or layered fabric. The overall effect is a dense, textured field of lines that fills the entire page.

«El pensamiento nace en la lengua»
Proverbio dada



Democracia: milonga con variaciones

*«Gran parte de la reciente teorización sobre la democracia parece dar por supuesta la democracia. Sin embargo, las democracias han sido, y continúan siendo, propensas al fracaso. Gozaron de corta vida y estuvieron, al decir de todos, mal dotadas para sobrevivir en la antigua Grecia; sucumbieron rápidamente en las reencarnaciones comunales del medioevo; inclusive hoy, a pesar del culto universal que se presta al término, el número de instauraciones pronto seguidas por derrocamientos y/o democracias intermitentes sobrepasa el de las perdurables. El caso de Latinoamérica lo demuestra. En la Europa del siglo XX ha habido democracias discontinuas en Italia, Alemania, Austria, España, Portugal y Grecia. Los nuevos Estados africanos han sido democracias por corto tiempo. Teniendo esto en cuenta, cabe preguntarse de nuevo: ¿podemos permitirnos un universo discursivo cuyos términos no sean ya portadores de experiencia? Yo no lo creo». Esto señala Giovanni Sartori en su introducción a *Teoría de la democracia*, y yo, humildemente, comparto su opinión.*



Prohibido prohibir: la libertad comienza por una prohibición

Allá por el Mayo Rojo, que tan intensamente vivió Francia, alguien escribió, en una pared de la Sorbona, el grafiti que da título a la primera de una serie de variaciones que llevarán dominicalmente como titulares acaso otros grafitis, de algo que propongo unir bajo un tema general: *Cómo luchar en democracia, por la libertad y contra de la corrupción.*

Para comenzar, bibliográficamente será ideal tener a mano los dos tomos de *Teoría de la democracia* del filósofo italiano Giovanni Sartori, publicado por Alianza Editorial y Editora REI, a los que muchas veces recurriremos en este intento de encontrar respuesta a una pregunta que reúne a cientos de otras preguntas, que van desde el realismo al idealismo, la Realpolitik, la deontología y el mercado: *—¿Existe una forma de luchar libremente a favor de la economía de las personas pero en contra de la corrupción?*

Intentaré un estilo coloquial-irreflexivo que posibilite varias interpretaciones, puesto que la pluralidad es una forma respetuosa para un razonamiento alejado de pasiones. Ledru-Rollin, padre del voto universal (francés) hace más de dos siglos, señaló: *«Mientras el gobierno antidemocrático dice: ‘Yo soy su líder y por lo tanto tengo que seguirles’; el gobernante carismático (puede cambiar por populachero) dice: ‘Yo soy su líder, síganme’»*.

Por su parte Sartori va más allá, precisamente en el sentido que este escritor desea darle cierto aire periodístico a este ensayo por entregas: *«los beneficios materiales son perceptibles. En tanto, los beneficios de la libertad, mientras se disfruta de ellos, son intangibles»*.

Me propongo compartir un común anhelo de libertad económica y esa alegría que nos permite llegar a fin de mes sin problemas de dinero, sin necesidad de vivir trepando a codazos en una deshumanizada pirámide de Golden Boys y pensar en el futuro como algo posible, como la misma muerte.

Creo que una sociedad es más justa cuando no hay profundas brechas económicas como las que hoy padecemos, lamentablemente, en todo el mundo y esa sociedad es posible, si asumimos como J. J. Rousseau, ideólogo de los independentistas

iberoamericanos del siglo XIX que, *«debido a que la fuerza de las circunstancias tiende siempre a destruir la igualdad, la fuerza de la legislación debe tender a mantenerla»*.

Como un no-prólogo a estas variaciones por entregas, voy a referirme a lo que algunos llaman un ejemplo de lo que es ser un buen político y un mejor estadista: el Dr. Marcelo Torcuato de Alvear, quien siendo embajador de Argentina en Francia (en reemplazo del aristócrata escritor neo-castellano Enrique Larreta) durante el primer gobierno popular argentino, el de Hipólito Irigoyen, donó de su patrimonio personal, un hospital de guerra de seis pisos y ciento cincuenta camas, el que fue dirigido por dos eminentísimos médicos también argentinos, Pedro Chutro y Enrique Finochieto. Este hospital fue inaugurado en París el 25 de mayo de 1917. Por esos años, la embajada a sus órdenes entregó al gobierno francés, también, un pabellón en la Ciudad Universitaria.

[¡Eran tiempos de vacas gordas y de Argentina como granero del mundo!]

Tiempo después, siendo presidente de la nación, Alvear tuvo conocimiento de que en las visitas del entonces Eduardo de Windsor, príncipe de Gales y futuro rey de la Gran Bretaña, del príncipe Humberto

de Savoya, aspirante a rey de Italia, y del maharajá de Kapurthala, sus funcionarios se habían excedido en quinientos mil pesos en los gastos de representación. El presidente Alvear llamó a su administrador personal para que se apresurara a vender unas tierras suyas, para reponer inmediatamente esa suma, afirmando que: «*No debíamos pasarnos. El responsable de los actos de mi gobierno soy yo*».

[«***Bajo la máscara de la democracia, nuestros presidentes son, a la romana, dictadores constitucionales***» / Octavio Paz]



En los exámenes, responda con preguntas

¿Qué es la democracia?...

Para R. A. Dahl, en *A Preface to Democratic Theory*, las democracias son poliarquías, es decir, sistemas caracterizados por la multiplicidad de mandos y, concretamente, por la difusión del poder, que termina siendo una «*aproximación imperfecta del sistema ideal*».

Para otros, los más, es el gobierno mediante la discusión. Esta caracterización sugiere, si es ampliada, que en la medida en la que la democracia se desarrolla aumenta la gente que discute y, obviamente, la propia discusión. Lo que no es muy bueno es que crece la discusión de facto y disminuye la discusión correcta.

Los caracteres democráticos son pautas de conducta modelados por ideales y valores, no pocas veces utópicos.

Somos testigos de paraísos que se materializan en infiernos, de ideales y utopías que no solo fracasan sino que se vuelven en contra de ellos mismos. Esto obliga a

establecer una relación de forma entre hechos, ideales y utopías, entre el debe ser y el es.

Debemos asumir, aun corriendo el riesgo de equivocarnos, que la democracia es, de todos los sistemas políticos, el que aparentemente más depende de la inteligencia o por lo menos de una mentalidad lógica.

Por tanto, a fin de que los buenos propósitos (como las promesas de los candidatos antes de las elecciones) no se conviertan en un mal no buscado, conviene desenmarañar los argumentos sobre los que la democracia deba y pueda ser, y de lo que no es ni debería ser.

Si accedemos a presiones deontológicas, que es un concepto introducido por Jeremy Bentham (hermano de George, el botánico inglés) como «*sinónimo de la moral*» y que podríamos traducir como «*discurso sobre lo que debe hacerse*», llegaremos a la conclusión, nefasta para los corruptos (al parecer una inmensa mayoría de políticos y funcionarios), que para que la democracia sea no puede ni debe separarse de lo que democracia debería ser.

En buen romance, «*una democracia solo existe mientras sus ideales y valores la crean*», ya que es conformada por el resultado de las interacciones entre ideal y realidad, del empuje del debe ser y la resistencia del es.

Usted, a esta altura de estas variaciones, debe entender que para este escritor, **el que sabe sabe y el que no, es político** (bueno...también puede ser funcionario, catedrático, gerente o presidente; elija la palabreja que más le agrade). [La frase original es de G. Bernard Shaw.]

Digo esto puesto que *«el poder es siempre la fuerza y la capacidad de controlar a los otros»*.

La democracia política se circunscribe básicamente *«a la igualdad jurídica y política»*; mientras la democracia económica *«es la preocupación por la igualación de la riqueza»*.

Desde el marxismo, la democracia política no tiene valor en sí misma, es *«solo un instrumento de dominación de los explotadores sobre los explotados. La democracia política es la superestructura de la opresión burguesa y capitalista»*.

Y si la política –como tal– es una superestructura y si la sustancia real de la realidad es la materia económica, el camino hacia el **ecomunismo** no conduce a un sistema político, sino económico. En otras palabras, *«una democracia económica es nada más y no otra cosa que una economía comunista»*.

[**«Cuando se haya matado el hambre, jugaremos a la democracia»** / Miguel de Unamuno]



Sean realistas, pidan lo imposible

«La democracia política se circunscribe principalmente a la igualdad jurídica y política», mientras que «la democracia económica es la preocupación por la igualación de la riqueza».

Desde la óptica marxista la democracia política no tiene valor en sí misma, es *«solo un instrumento de dominación de los explotadores sobre los explotados. La democracia política es la superestructura de la opresión burguesa y capitalista».*

De todos modos, la democracia política es la condición necesaria, el instrumento requerido para cualquier democracia o fin democrático al que aspiremos. Y si es un sistema maestro (con perdón de los maestros) debemos reconocer que el sistema político global no es democrático, por consiguiente, la democracia social (comunismo) tiene escaso valor y la igualdad económica puede que no se diferencie mucho de la igualdad entre los esclavos y los sometidos.

En este mundo tan torpemente veloz que transitamos, necesitamos una vida para convertirnos en seres ajenos a lo que fuimos en nuestra niñez. La experiencia sigue siendo propia de nuestro traumático desarraigo histórico.

«El abrigo que el grupo primario proporcionaba ha desaparecido de nuestras vidas; el ajuste a entornos siempre rápidamente cambiantes representa una carrera agotadora sembrada de abandonos de inadaptados y el vacío alimenta la alienación y la anomia (ausencia de normas)», según lo demuestra esclarecedoramente lo demuestra en «Suicide», Emile Durkheim, fundador de la escuela francesa de sociología.

La sociedad tradicional cedió su lugar a una sociedad moderna, una sociedad de masas, a la que **Ortega y Gasset no identificaba con la clase baja o trabajadora, sino con los desvalidos.**

El resultado: un hombre atomizado que puede ser fácilmente manipulado. El hombre masificado es un ser aislado, desguarnecido y desprotegido, y *«su comportamiento tiende a ser extremo y en él las formas activistas de respuestas e intervención en el proceso político constituyen una alternativa a la apatía»*.

Por eso cada vez son menos los votantes, pues los ciudadanos ya no comen el cuento de los políticos

insaciables y caen, eso sí, en las sutiles redes del dominio carismático.

Para William Kronhauser, en *Aspectos políticos de la sociedad de masas*: «*el tipo psicológico característico de la sociedad de masas proporciona escaso apoyo a las instituciones demócratas liberales*».

El individuo –usted, sus familiares, sus amigos, sus enemigos, sus vecinos– trata de vencer la ansiedad acompañando la autoalienación, una de dos, con apatía o con activismo.

Por eso, **es tiempo de ser realistas pidiendo lo imposible; por ejemplo: políticos y funcionarios honestos.**

Es tiempo también de advertir, que el poder de los políticos y funcionarios, es la fuerza y la capacidad que tienen para controlar a los otros.

Obviamente, **el poder es un concepto político, no ético, como la honestidad**; por tanto, el poder que tampoco es libertad, es siempre la fuerza y la capacidad de controlar a los otros.

En última instancia, **el poder es *exercitium*: ejercicio del poder.**

La tiranía descrita por Aristóteles contaba con el apoyo popular (el fascismo italiano, el nazismo alemán y el peronismo argentino, también) ya que el tirano griego comenzó su carrera como todo político, como un demagogo; lo mismo ocurrió con César que puso fin a la república romana al ser aclamado como un soberano por un supuesto pueblo.

[«**El poder es esencialmente estúpido**» /
Gustave Flaubert]



Digamos siempre no, por principio

Analizaremos a continuación cómo una elección de por sí no garantiza la democracia. Un ejemplo válido lo podemos encontrar en las elecciones para presidente de USA de 2000, ya que como lo comprobó *The New York Times*: boletas sin matasellos, votos sellados con posterioridad a la elección, sin firmas de fiscales, incluso sufragios enviados desde ciudades de Estados Unidos de América y de electores que votaron dos veces, son los que llevaron fraudulentamente –con la aprobación de la Corte Suprema de Justicia– a George W. Bush a la presidencia de «*la democracia de las democracias*».

Otro ejemplo de cómo una elección de por sí no garantiza la democracia –lo cual no quiere decir que es bueno o malo, solo indica el no ejercicio de la democracia–: el papa es elegido por un Colegio de Cardenales que de ningún modo es representante de sus electores. Es una *elección a dedo*, ya que no existe el concepto de representación que se establece mediante una expectativa normativa de rendición

de cuentas del elegido ante el electorado, e incluso con una perspectiva sancionable vía remoción. Cosas harto comprobadas que nunca se cumplen, ni con la remoción ni mucho menos la rendición de cuentas.

El problema consiste no en cómo acceder al poder, sino, más bien, en su descenso. Si a lo largo de este proceso (de doble dirección) el pueblo –los electores– pierde el control, corre el riesgo de que el gobierno, como es casi habitual, dé vuelta a la chaqueta y se convierta en algo que no tiene nada que ver con el «*gobierno electo por el pueblo*».

(He aquí algunos ejemplos de lo expuesto en el párrafo anterior que nos brinda la dudosa democracia iberoamericana: Gabriel González Videla, en Chile; Arturo Frondizi, Carlos Saúl Menem y Fernando de la Rúa, en Argentina; Fernando Collor de Mello, de Brasil; Julio César Turbay Ayala, Virgilio Barco Vargas y Ernesto Samper Pizano, de Colombia; Luis Echeverría Álvarez, José López Portillo, Carlos Salinas de Gortari, en México; Jorge Serrano Elías y Alfonso Portillo, en Guatemala; etc.)

Pero aquí regresamos a esa vieja mentira que la democracia es simplemente el gobierno de las mayorías. **La democracia «es el gobierno de la mayoría limitada que respeta los derechos de las mayorías»;**

por tanto, la democracia no es el gobierno de la mayoría incondicional, sin límite.

Ya en 1941 J. Burham, había escrito en *The Manegerial Revolution* que «*la característica fundamental de la democracia es la concesión del derecho de expresión a las minorías*», pero como por lo general los políticos y sus funcionarios son analfabestias culturales, aplican sentados en sus curules parlamentarias las más distintas aplanadoras politiqueras ahogando la expresión de las minorías. Para ella, deberán entender como Lord Acton –*The history of freedom in antiquity*», 1877– que «*la demostración más segura para juzgar si un país es realmente libre es la dosis de seguridad de que gozan las minorías*».

«*En la democracia la oposición es un órgano de la soberanía popular tan vital como el gobierno. Suprimir la oposición es suprimir la soberanía del pueblo*».
(G. Ferrero, *Il Potere*, 1947)

Sin embargo, es justo recordar como lo hiciera sagazmente el periodista Jorge Palmieri en *El periódico* (Guatemala, 18/7/2001), que «***a veces hay algo peor que el gobierno, y es la oposición***».

Los autores citados más arriba, sin duda estaban preocupados por las libertades individuales, libertades

que según Allen Smith (*The Growth and decadence of constitutional Government*, 1930): no representan nada si no implican «*el derecho a seguir una línea de conducta y a mantener y defender opiniones que no cuentan con la aprobación de la mayoría*».

Y es que el pueblo no puede ni debe quedar reducido a ser ni la mayor parte de la sociedad, ni la menor, ya que ni una ni la otra, si hicieran uso excesivo del derecho –el sistema de mayorías y minorías o si usted lo prefiere, gobierno y oposición– ya no funcionaría en una democracia.

[«...el presente sólo lo conozco a través de la pantalla de la televisión...» / Umberto Eco]



No puede volver a dormir tranquilo aquel que una vez abrió los ojos

Para un proceso de adopción de decisiones, un pueblo (¿el pueblo?) se divide en una mayoría y una minoría, y ya que las mayorías son cambiantes (¿recuerda usted una mayoría que cumpliera los programas prometidos en el proceso electoral?), por tanto lo ideal (¿lo utópico?) sería que las mayorías, a pesar del resultado de las elecciones, fueran rotativas, digamos cada cuatro o seis meses.

«Si la mayoría pudiera ejercer su derecho sin limitaciones tratará desigual e injustamente a la minoría».

Todo este asunto de mayorías y minorías podría resolverse fácilmente si el *demos* (pueblo) precede a la *cracia* (gobierno).

El realismo político es el «*cálculo de la verdad efectiva*», la «*verità effettuale*» de que hablaba Maquiavelo, padre-fundador del realismo político, ya que fue este el primer astuto en separar la política de la ética y de

la religión, generando así la «*autonomía de la política*», que no es otra cosa que una política que no transige con los principios morales; lo que algunos llaman *realpolitik* y otros han rebautizado como *machpolitik*.

Pero seamos realistas aunque solo sea por unas páginas, ya que aquel que una vez abrió los ojos, como rezaba el grafiti francés que nos sirve de título, *no puede volver a dormir tranquilo*: el político puro, realista, incluso si solo es astuto, no subestima los elementos impuros, porque son coadyuvantes al éxito de sus ideas. El político sabe que los ideales son fuerzas y también armas, como lo señaló Maquiavelo.

Cualquier política es una mezcla de idealismo y realismo, y si uno de los dos elementos prevalece, si el exceso de idealismo elimina al realismo o viceversa, es previsible el fracaso político.

«Nadie ha sido nunca capaz de establecer una política genuinamente pura (realista), o una política estrictamente ideal y/o moral. Ambas fracasan por la misma razón».

Karl von Clausewitz, el filósofo prusiano de la guerra, afirmó en 1832 en su libro *Sobre la guerra* (de amplísima aceptación en academias militares como West Point, St. Cyr o Sandhurst) que «**la guerra era la continuación de la política en otros medios**»; la elección de G. W.

Bush como presidente de U.S.A., es prueba de ello. La política es como la guerra (*¿será por eso que hay tantos militares metidos a políticos?*), aunque una guerra sin armas, ya que como la experiencia central es la hostilidad, la percepción de un opositor es como la de un enemigo, como una amenaza o un peligro al que se debe combatir y derrotar y, de ser posible, eliminar.

Prudente es recordar –ejercicio poco frecuente entre electores– que el derecho civil romano y precisamente la resolución de los litigios ante los tribunales de acuerdo con el precedente y la equidad, fue el primer atenuante importante en las relaciones basadas en la fuerza y propensas a la guerra. Los pueblos conquistados por Roma buscaban por todos los medios la ciudadanía romana, porque esta les proporcionaba una suerte de paz.

Sin embargo, la sustitución de la fuerza por la ley Roma no la transplantó del ámbito privado al plano político. Con el transcurso del tiempo, ese será el triunfo del constitucionalismo liberal; el que estriba en buena parte, en la transformación de *la ley de la jungla en la ley del derecho*; puede resultar conveniente en este contexto, hablar de una visión legalista de la política, pues ella como paz se sitúa en el campo de la legalidad.

[**«Siempre se es libre a expensas de alguien»** / Albert Camus]



Acumulen rabia

Pero... una cosa era Roma y otra la Italia fascista de los años veinte del siglo ídem, la cual permite demostrar que cuando realistas y demócratas no se comprenden y luchan entre sí, la vencida es la democracia. Resultado de esa fusión de demasiado realismo primero, con demasiado idealismo después, fue no dejar espacio ni para los ideales ni para la realidad.

Benedetto Croce, que fue el filósofo que más influyó en la cultura italiana de principios del siglo XX, defendió la realpolitik sosteniendo que *«la política no consiste sino en la conveniencia, la utilidad y la fuerza (...) un realismo que es en verdad enemigo del liberalismo. El liberal, en principio y principalmente, condena la acción directa y aborrece la violencia»*.

La democracia, el liberalismo y el socialismo no son el resultado de una realpolitik sino que, para decirlo muy simplemente, se construyen sobre los hechos mediante fantasía. Y todo esto es porque **los ideales no pueden ser reemplazados por los hechos, se superponen a ellos.**

El realismo político –apunta John Herz en *Political Realism and Political Idealism*– «surge inevitablemente cuando quiera que la gente se hace plenamente consciente del fracaso de los repetidos intentos (...) de crear un mundo mejor, o de expulsar a los malvados. La Historia, que es un cementerio de tales intentos de cambio, es también el lugar de nacimiento de la desilusión realista». Desilusión realista no quiere decir, entiéndase bien, que el realismo difunde pesimismo y engendra decepción.

[Desilusión deviene de ilusión; es el idealismo y no el realismo el que produce la desilusión]

«El idealismo puede asociarse al racionalismo, mientras que el realismo al empirismo y al pragmatismo. El racionalismo puede definirse perfectamente como el opuesto al empirismo. Si la mente empírica se manifiesta en el prudente lema 'espera y ve', la mente pragmática lo transforma en la fórmula dinámica y resulta del «ensaya y observa».

Así las cosas, el potencial elector de una u otra manera, junta rabia a partir de su propia impotencia para hacer que su elegido cumpla con sus promesas electorales, cosa que básicamente nunca consigue y así sigue acumulando rabia y frustraciones.

La ecuación de Hegel «lo real es racional» es también a la viceversa, pues mientras el empirismo tiende a

ser provisional, el racionalismo suele ser definitivo. Así, mientras el primero aprende de la experiencia para examinar y verificar, el segundo actúa como le da la real gana. Mientras el empírico apenas presta atención a una coherencia rigurosa, el racionalista cree en la congruencia deductiva. Resultado comprobado: el empírico resulta ser más razonable que racional, mientras que el racionalista sitúa sobre todo lo demás el rigor lógico y resulta racional a fuerza de ser poco razonable.

Los políticos y los funcionarios generalmente poco preparados para el ejercicio de sus profesiones, si son empíricos, plantean los problemas desde una perspectiva práctica y por su apego a los hechos; a la inversa, si fueran racionalistas, no están interesados en el mundo tal cual es realmente, pues ambiciosamente pretenden construir la realidad, lo cual equivale a decir que los políticos y funcionarios racionalistas están pobremente equipados para afrontar problemas prácticos. De allí el éxito de algunos líderes intuitivos: la improvisación.

[«**Silencio mierda. ¡Con 2000 años de mentira basta!**» / Nicanor Parra]



El sueño es realidad

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial teníamos dos modelos, digamos mentales, que claramente caracterizaban la comunicación de masas en la Europa continental (racionalistas-idealistas y empiristas ingleses) frente al mundo angloamericano.

La polémica desde entonces en muchos aspectos y en casi todos los países, gira en torno *a la democracia idealista y la democracia realista* (empírica).

Se puede identificar históricamente a la primera, como del tipo francés, y a la segunda, una democracia tipo angloamericana. Obvia es la diferencia: mientras las primeras, las del tipo francés, nacieron *ex novo* de una ruptura revolucionaria, las segundas son el resultado de continuo y gradual proceso de devenir (*¿crecimiento?*) histórico, ya que en las ex colonias inglesas (U.S.A., valga el recuerdo) no fue en verdad la revolución otra cosa que una sucesión. Comprobado está que la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América en 1776, fue una demanda del derecho de continuar, básicamente, por el camino de las

libertades ya existentes en Inglaterra. Por el contrario, la Revolución Francesa fue a un mismo tiempo, ruptura con el pasado y rechazo del mismo.

En otras palabras, el tiempo alimenta el realismo: veamos si no, las adolescentes democracias europeas que no son realistas en materia de política interior, pero sí en política exterior donde por siglos, a pesar de los cambios de regímenes, se ha mantenido la continuidad.

Bien diferente es la democracia norteamericana que es internamente realista, pero absurdamente idealista en su política exterior, quizá por ser esta un área relativamente nueva en su experiencia absolutista.

No es casual que los estados democráticos europeos, en buena parte, devinieran en sistemas parlamentarios, cosa que en U.S.A. no ocurrió. No es casual tampoco que las democracias europeas hayan abandonado o no lo adoptaran nunca, el sistema uninominal y prefieran la representación proporcional.

Por tanto, si el poder del pueblo, como premisa, se desarrolla deductivamente, debemos asumir que *«la verdadera representación es, y solo puede ser, la representación proporcional»*, que *«el parlamento debe ser la sede real de la soberanía representativa»* y que

«los gobiernos deberían ser solamente (como indica el vocablo) ejecutivos, es decir, ejecutores de voluntades que preceden a la voluntad gubernamental».

Según esta argumentación: «—¿Cómo es que las democracias (argentina, boliviana, colombiana, chilena, ecuatoriana, guatemalteca, peruana o mexicana, por solo citar algunas iberoamericanas) no se sientan vinculadas a este compromiso pre-electoral? Posiblemente «porque las democracias empíricas no se han construido deductivamente, sino más bien sobre la experiencia de que lo importante son los gobiernos eficaces y exigentes, que los regímenes de asambleas son sistemas que funcionan mal y que la representación proporcional puede crear más problemas que los que resuelve».

Por un instante, piense usted en los supuestos gobiernos democráticos iberoamericanos desde Perón y Arévalo hasta nuestros días, (quizá después de recordar aplanadoras políticas y trenzas infernales) pueda decir como Goethe, que *«no hay nada más incongruente que la congruencia suprema».*

A lo mejor, el *modus vivendi* de la democracia requiere menos rigor cartesiano y más razonabilidad, porque, como lo señaló Hölderlin, **«lo que ha hecho del Estado un infierno en la Tierra ha sido precisamente el intento del hombre de convertirlo en su cielo».**

[«**La memoria es el infierno**» / Luis Cardoza y Aragón]



Cada uno de nosotros es el Estado

Como algunos de mis lectores saben, he dedicado mis últimos 50 años al servicio y orden de Nuestra Señora de La Publicidad, por tanto estoy en condiciones de asegurar que **los ideales nacen de nuestra insatisfacción, como una reacción a lo que no tenemos o deseamos poseer**. Valga como ejemplo, la irrealidad en la que viven millones de mujeres (especialmente) y hombres en todo el mundo, que recurren a la cirugía para mejorarse exteriormente, sin preguntarse, las primeras, si a los hombres nos agrada tocar tetas siliconadas o besar labios ídem. Algo parecido pasa con la democracia, una y mil veces llevada a la sala de operaciones en pos de una mejoría cosmética.

Corre peligro la democracia por causa del idealismo, sino del idealismo nocivo, del perfeccionismo; *«el entendimiento y uso correcto de los ideales es una cosa y el perfeccionismo es otra»*.

Un ideal no se realiza, precisamente, porque es un ideal. *«Los ideales mejoran la realidad cuando no*

son considerados como una realidad», el premio, la recompensa, «se encuentra más en la lucha que en el logro». «Viajar con ilusión es mejor que llegar», como dice The Oxford Dictionary of Quotation.

Cuando alguien usa o toma los ideales por lo que son, ese es el perfeccionista. Aquí vale nuevamente el ejemplo de las tetas y las nalgas siliconadas. El perfeccionista no sabe aplicar prescripciones a la realidad. Recordemos que para Jefferson *«todos los hombres han sido creados iguales»* –esto lo puede usted leer en el preámbulo de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América; pero esta afirmación, de hecho, solo puede defenderse si se vuelve a reformular de esta manera: *«considerarás a todos los hombres como si hubieran sido creados iguales»*. Sin duda el norteamericano tenía razón al presentar ese imperativo como lo hizo, pues una afirmación –y esto lo saben muy bien los hombres y mujeres del marketing y la publicidad– es mucho más efectiva y vendedora que una exhortación. *«La desaparición del sentido de lo imposible sería la característica de un perfeccionista activo»*.

«El idealismo político –según John Herz, Political Realism and Political Idealism– «conoce su época de esplendor cuando se opone a los sistemas decadentes. Pero degenera tan pronto como alcanza su objetivo final y perece con la víctima». Ya no podemos continuar con

las estrategias que se aplicaban cuando la democracia era solo un ideal.

Recordemos una vez más que **«el progreso es la realización de las utopías»** (Oscar Wilde) y que **«las utopías son con frecuencia solo verdades prematuras»** (Mennheim). Esto nos permite señalar que cuando en el interior de una verdadera (¿real?) democracia se conserva el ideal de democracia en su forma más extrema, esta comienza a funcionar en contra de la democracia que ha generado y produce resultados inversos.

«Fuera de la democracia, el ideal de democracia desempeña el papel de adversario (...), su propósito predominante es el derrocamiento del sistema político al que se enfrenta y cuanto más se maximice el ideal mayor es, posiblemente, su eficacia. (...) En un contexto (no democrático) el perfeccionismo democrático ocupa el lugar del adversario. La democracia, sin duda, será una realización bastante imperfecta del ideal (fue concebida como un grito de batalla)».

Grite. Proteste. Diga lo que piensa. No se calle. Recuerde como lo decía el grafiti francés que nos sirve de titular, que cada uno de nosotros es el Estado, mal que les pese a los funcionarios y políticos de turno.

[«Soy como Don Quijote. Me invento pasiones sólo por ejercitarme» / Voltaire]



Tomemos en serio la revolución, pero no nos tomemos en serio a nosotros mismos

¿Quién no ha leído en plena euforia electoral, pintarrajeadas en paredes, propuestas como estas: «*Todo el poder para el pueblo*» o «*El pueblo al poder*»? Propuestas que con el tiempo se convirtieron en «*todo el poder para nadie*» o en el más siniestro de los casos «*todo el poder para unos pocos*».

Por tanto, sería conveniente ponerse el parche antes de la herida y contraponer ideales y hechos, de igual forma que ideas y realidades.

«*La política debe ser realista* (dijo M. Bluntschi, doctor en Derecho por la Universidad de Heildelberg, 1871); *la política debe ser idealista: dos principios que son ciertos cuando se complementan y falsos cuando se mantienen*».

El sistema de mercado es a la economía, lo que la democracia es a la política.

Para continuar esta analogía, de igual forma que no conocemos ningún sistema mejor de protección

del consumidor (¿qué otra cosa es el elector que un consumidor de ilusiones?) que prohibir la monopólica concentración del poder; el mejor medio es permitir pluralmente que todos los partidos políticos que compitan entre sí. Y como hemos visto, una y otra vez, aquí y allá, los partidos ganadores son aquellos que disponen de mayor respaldo financiero, no de las mejores propuestas ni de los candidatos más sabios y honestos.

Si las elecciones son el resultado de una voluntad popular: ¿Cómo llegamos a ellas?... Supuestamente se auscultan opiniones y deseos, pero... ¿de dónde vienen, y cómo y quién las formula? Tras el resultado eleccionario algo extraño pasa, pues mágicamente las promesas y los planes pre-electorales, desaparecen.

Y aunque no debemos quitar importancia a las elecciones, es imposible aislarlas del proceso de formación de opiniones, a pesar de que no pocas veces los electores votan por el aparentemente menos malo de los candidatos (¿quiere usted recordar cuántas veces votó así?)

«El poder electoral es en sí la garantía mecánica de la democracia; pero las condiciones bajo las cuales el ciudadano obtiene la información y está expuesto a las presiones de los fabricantes de opinión, son las que

constituyen la garantía sustantiva». En otras palabras, la opinión de gobernantes no es la de los gobernados.

La opinión pública no implica conocimiento

La bendita opinión pública, viene de la muy romana *vox populi* que en estos tiempos hipercomunicados, asumimos como *fama popularis*. El científico político checo Karl Deutsch, señala en *Política y gobierno* (FCE: Madrid, 1974) que la opinión política «*discurre de arriba abajo*», porque quienes tienen la sartén por el mango son los medios de comunicación que generalmente están en poder de la elite de las elites.

La opinión pública es el mensaje de los medios de comunicación. Sin un eficiente funcionamiento de estos, las opiniones pseudo públicas adoptan un irresistible oleaje que conduce a que los lectores piensen, lo que ellos manifiestan, hasta convertirse en lo que el ensayista y activista Walter Lippmann duramente calificaba, de «*ausentes y silenciosos fantasmas*».

«*El estado de falta de atención, desinterés, subinformación, percepción distorsionada y, finalmente, de total ignorancia del ciudadano medio, nunca deja de sorprender...*»; el elector, el ciudadano de a pie, tristemente muchas veces «no tiene opinión, sino, más

bien, sentimientos inarticulados en los que se mezclan estados de ánimo e impulsos»; y ganas de mandar todo a la mierda.

[«*Al principio fue la palabra*': así dice el *Evangelio de Juan*. Hoy se tendría que decir que '*al principio fue la imagen*'. Y con la imagen se destrona a la palabra» / Giovanni Sartori]



Un pensamiento que se estanca, es un pensamiento que se pudre

Continuamos estas irreflexiones sobre democracia, economía y corrupción, recordando que el ciudadano de a pie, en Guatelminda como en Bulgaria o en Afganistán o Canadá o Australia, por solo citar cinco países, «no tiene opinión, sino, más bien, sentimientos inarticulados en los que se mezclan estados de ánimo e impulsos», ganas de mandar todo a la misma punta... del volcán Pacaya o del monte Kosciusko.

Asumamos entonces que esto sucede por la falta de educación política; pero recordemos al mismo tiempo, que **conocimiento supone información**; pero quien está informado no es por definición un entendido, ya que el conocimiento implica un control mental sobre la información que de ninguna forma proporciona la propia información.

La gente sigue fumando a pesar de que tiene conocimiento que el cigarrillo puede producirle cáncer, como el uso de los microondas o tomar sol, pero lo

hace por ser el hombre el único animal que tropieza varias veces con la misma piedra.

Hablamos con horror de la desocupación cuando somos desocupados o vemos por televisión los atentados de la AMIA (de Buenos Aires) o del World Trade Center (de Nueva York), pero mientras tanto, seguimos tan egoístamente campantes como Johnnie Walker. Solo cuando algo nos afecta personalmente, nos angustiamos, despertamos y nos quejamos.

El estado de falta de atención de los problemas de los demás, es parte de nuestra idiosincrasia. El desinterés, la subinformación, la distorsionada percepción y la total ignorancia del ciudadano de a pie, común y corriente, nunca deja de sorprendernos, como hace unos años atrás no nos sorprendía que el entonces candidato George W. Bush no supiera el nombre del gobernante que posteriormente fue su aliado para atacar al radical régimen islámico de los talibán.

Se ha preguntado usted: *—¿Cuánto sabe la gente que usted conoce de los asuntos públicos de su país?*

Muchos no tienen opinión, sino más bien sentimientos inarticulados en los que se mezclan impulsos y diferentes estados de ánimo. Por tanto, ante un cúmulo de información casi igual (como es a la que

estamos sometidos los lectores, los radioescuchas y los telespectadores) una persona puede ser competente o seguir siendo incompetente, según perciba correctamente qué medios son apropiados para qué fines.

Las consecuencias de la información, la desinformación o la hiperinformación, derivan de qué decisión o acción tomemos.

Usted ya sabe: que el que sabe, sabe, y el que no, es político, ministro, presidente, gerente, catedrático universitario ¿y, por qué no, periodista?

En su libro *Capitalism, Socialism and Democracy*, el economista austríaco J.A. Schumpeter señaló que «*el ciudadano normal, tan pronto como entra en la esfera política, desciende a un plano inferior en materia de actuación mental. Argumenta y analiza de una manera que consideraría infantil en el ámbito de los intereses reales. Se convierte en primitivo. Su pensamiento se hace asociativo y afectivo*».

Si es usted cree que Schumpeter exagera, piense en un abarrotero discutiendo de filosofía, en un permisivo chafa (militar en Guatemalteco Básico; milico en Argentino Básico; etc.) en un poeta hablando de álgebra o en un comentarista deportivo de televisión

hablando de la posible fusión de los bancos J.P. Morgan Chase y Deutsche.

Comprobado está que los ciudadanos encuestados suelen estar de acuerdo sobre principios abstractos, pero no sobre las concretas implicaciones de estos principios. Por tanto, quien crea que las elecciones resuelven problemas, está equivocado: apenas si señalan quién podría resolverlos o complicarlos aún más.

(La situación social-político-económica de Argentina o de Guatemala, por ejemplo, es cabal prueba de ello)

[«Hay tres clases de hombres: los que primero piensan y luego obran, o sea los prudentes; los que obran antes de pensarlo, los arrojados, y los que obran y piensan a la vez que hacen lo que piensan. Éstos son los fuertes» / Miguel de Unamuno]



Desabrochen el cerebro tan a menudo como la bragueta

Este subtítulo fue pintado en las paredes del teatro Odeón, en París, durante los históricos acontecimientos del Mayo (¿Mao?) Rojo y viene como anillo al dedo, para formular la siguiente pregunta: –¿Saben qué hace un elector cuando emite su voto?

Pues votar en función de un problema suyo, estableciendo prioritariamente qué candidato o qué partido, se lo resolverá... o vota identificado con un partido, autoposicionándose en un espectro de progresista-reaccionario, derecha-izquierda, etc.

No hace falta señalar que ambos modelos representan casos límite, dentro de los cuales los electores pueden combinar diversos criterios. Además, los electores pueden votar a favor o en contra y hasta puede, como casi siempre ocurre, que expresen su preferencia por el candidato que menos les disgusta, pues de otra manera, sienten que desperdician sus votos.

El voto en función del problema encuentra terreno fértil en los sistemas bipartidistas y con escasa polarización

(caso de U.S.A.), y es por tanto, difícil de practicar en seudo democracias como las nuestras, llenas de partidos o seudo partidos políticos. En buen romance, **el elector es esforzado por las informaciones que recibe a ser un simple simplificador: blanco o negro.**

Estudios sobre comportamiento electoral tienden a demostrar que *«la racionalidad del voto maximiza la utilidad esperada del votante»*, equiparando racionalidad en función del problema.

Nadie o muy pocos votan pensando que los traicionarán; solo que como está lamentablemente comprobado una y otra vez, el candidato y el partido, lo harán.

Por eso la forma de hacer y, ante todo, la de comunicar política, está cambiando.

Han perdido importancia las obsoletas estructuras de los partidos políticos, la acción de los militantes y la relación directa entre políticos y ciudadanos (consecuentemente las costosas giras por pueblos y ciudades del interior del país, prometiendo cosas que nunca se cumplen) mientras la **videopolítica está en pleno auge en los países donde importa conquistar el pensamiento del votante, cosa que no se logrará jamás, regalándoles playeras o gorras.**

El elector de hoy en el momento de decisión, presta más atención a sus necesidades, a sus intereses inmediatos, que a lealtades partidistas.

Es más: en estos crueles y deshumanizados tiempos hamburguesados y bobalizados, en los cuales las ideologías de ayer son cada vez menos relevantes y posiciones antagónicas se acercan, la figura del candidato frecuentemente predomina sobre la importancia del partido al cual pertenece. Inversiones en la imagen personal del candidato rinden sus frutos y los respectivos gerentes de campaña, aprovechan la coyuntura para ganar más dinero que votos obtenidos.

Esta irreflexión seguramente dará por el traste con los sueños electoreros de muchos precandidatos que esperan que pase pronto el tiempo del gobierno de turno.

Hay diferencias fundamentales, por tanto, entre una opinión que es pública meramente en el sentido que se encuentra dispersa y otra es la que se ha formado el elector por sí mismo, casi como consecuencia de una conducta de prueba y error.

La democracia en tiempos electorales, descansa básica e ilusoriamente en el juego limpio y en la correcta información que se le suministra al pueblo.

R. L. Lane en *Political Ideology* (1962), señaló que «*una opinión es una respuesta dada a una pregunta en una situación determinada; cuando la pregunta o la situación varíe, cabe esperar una respuesta diferente*».

Los encuestados preelectorales suelen estar de acuerdo sobre principios abstractos, pero no sobre las implicaciones concretas de esos principios.

Por tanto, en las próximas elecciones, desabróchese el cerebro tantas veces como se sienta en el W.C.; al fin de cuentas, el resultado puede llegar a ser el mismo...



Lo reitero: por principio, siempre diga: no

Regresemos a la pregunta: *–¿Quién dice que las elecciones pueden resolver problemas?, ya que son pocos los que manifiestan que la democracia debería ser directa y no representativa.*

Pero esto solo es posible en algunos países pseudo desarrollados; supone que cada elector puede disponer de un computador en el que periódicamente (una vez al mes o trimestralmente) a manera de referéndum se le presentarían problemas y sus posibles soluciones; bastaría entonces que el elector-lector apretara las teclas del «Sí» o del «No» o la de «Abstención».

Algo así como lo que vienen haciendo telefónicamente y sin ningún valor estadístico, emisoras de radio y canales de televisión, cuando preguntan, torpemente: *–«¿Está usted de acuerdo con el papel de Justiciero Mundial asumido por el presidente Bush Jr.? Si piensa que 'Sí', llame al teléfono X y si piensa que 'No' llame al teléfono Z».*

Esta Democracia del Referéndum establecería obviamente, un sistema de gobierno de mayorías que excluiría absolutamente los derechos de las minorías, donde la mayoría gana todo y la minoría pierde todo.

La Democracia del Referéndum es la más perfecta demostración de la tiranía sistemática de la mayoría; es como decir, por ejemplo: –«*Quien no está conmigo y no opine como yo, es mi enemigo*».

Sin embargo, la Democracia del Referéndum que al parecer cumple con el ideal del pueblo (*demos*) gobierno (*cracia*); no significa que todos los ciudadanos consigan satisfacer lo que desean, pudiéndose convertir en algo que no querían. Porque en esa democracia, las preferencias singulares pueden producir consecuencias contrarias a las intenciones individuales.

El problema del conocimiento y del entendimiento entre electores y candidatos, tampoco podrán resolverlo, los que ofrecen «*dar el poder a los muchos y oprimir a los pocos*».

Los corruptores demagogos no tienen futuro entre electores inteligentes o por lo menos, pensantes, ¿o sí?

[«*La nada no es una aniquilación del ente: es el anonadamiento*» / Martin Heidegger]

(Para conocer algo más sobre la *Teoría del Referéndum y Democracia Participativa*, descargar de internet la monografía del mismo nombre:

<http://www.monografias.com/trabajos16/teoria-referendum/teoria-referendum.shtml>)



**Dad el poder a los muchos
y oprimirán a los pocos.
Dad el poder a los pocos
y oprimirán a los muchos**

Después de irreflexionar (brevemente; ¡por suerte para Ud.!) sobre la Democracia del Referéndum, lo invito a regresar a Grecia y a las raíces de la democracia, simplemente para recordar que según Tucíades, los ciudadanos atenienses se reunían para discutir los asuntos del pueblo en la *ekklesia*, –democráticas sesiones a las que no podían asistir ni las mujeres ni los esclavos– oscilaban entre dos y tres mil, porque muchos políticos atenienses preferían la democracia por aclamación, donde la demagogia se limitaba a cambiar la soberanía popular en los lugares donde se mantenía su capacidad de juicio y razonamiento.

–¿Y esto por qué?...

Pues porque la muchedumbre de unos pocos miles aprobaría entusiastamente una propuesta que podría ser rechazada si fuera presentada a la misma gente

dividida en grupos pequeños. En buen romance, los políticos, ya desde entonces, manipulaban la soberanía popular que grita *«una voluntad real de un pueblo real»*.

«Dad el poder a los muchos y oprimirán a los pocos. Dad el poder a los pocos, y oprimirán a los muchos», podemos leer en los *Debates on the Adoption of Federal Constitution*, y es que el bueno de Thomas Jefferson (ese señor tan serio que aparece en esos apreciados papeles verdes llamados dólares y que fue gobernador, vicepresidente y presidente de USA; amén del autor de la Declaración y fundador de la Universidad de Virginia) tenía, y con razón, miedo al despotismo electivo que un gobierno de asamblea sin las restricciones de la división de poderes (Ejecutivo, Legislativo, Judicial... es división que muy pocos gobernantes cumplen) pueden generar.

El gobierno de la Revolución Francesa, recordemos que *«fue una perfecta encarnación del ‘despotismo selectivo’, demostrando que ese miedo estaba plenamente justificado. El poder no dividido es siempre excesivo y peligroso»*.

«La democracia representativa es un proceso multifacético: un elector puede ganar a nivel de su distrito y sin embargo perder a otros niveles, que el diputado por él electo esté en minoría en el Parlamento o en mayoría allí, pero que gobierne el partido que él no voto».

«La protección contra la tiranía del gobernante», señaló Mill, «no es bastante; se necesita protección también contra la tiranía de la opinión y el sentimiento dominante, contra la tendencia social a imponer sus propias ideas y prácticas como códigos de conducta sobre aquellos que disienten de ellos y obligan a todos los caracteres a moldearse con arreglo a sus propias pautas».

Nada más exacto entonces que estas palabras del filósofo y jurista Alexis de Tocqueville: *«La omnipotencia de la mayoría traza un cerco formidable en torno del pensamiento».*

Al final de cuentas suele suceder con demasiada frecuencia (veamos el caso de las últimas elecciones en USA) que al final del proceso se da el caso de que una minoría numérica (mayoría relativa) de la ciudadanía emerja a nivel gubernamental como la mayoría ganadora (recuerde que el candidato demócrata Al Gore sacó muchos más votos que el candidato republicano Bush Jr.)

«Una mayoría electoral es en gran medida un objeto fabricado en ocasión de una elección. La mayoría de la ciudadanía es un proceso interminable de amalgama y disolución de miríadas de grupos y de individuos».

Aunque puedan actuar durante algún tiempo como una unidad, las mayorías son intermitentes y

móviles, y esto lo saben y aprovechan perfectamente los políticos corruptores (los estrategas ídem) y los ciudadanos corruptos.

[«... es la democracia liberal, no la democracia de los antiguos, la que se funda sobre el disensos y sobre la diversidad. Somos nosotros, no los griegos de la época de Pericles, los que hemos inventado un sistema político de 'concordia discors', de consenso enriquecido y alimentado por el disenso, por la discrepancia» / Giovanni Sartori]



Cambiar la vida. Transformar la sociedad

«Aunque la voluntad de la mayoría debe prevalecer en todos los casos, para que sea justa debe ser razonable», aconsejaba Jefferson, ya que la legitimidad no puede residir solo en los números.

De igual manera lo sustentaba el liberalista doctrinario (según Prelot) Dr. Royer-Collard: *«La voluntad de muchos, la voluntad de todos, es sólo una fuerza (...) A ninguna de esas voluntades, por el mero hecho de ser pura y simplemente voluntades, se debe obediencia»* y J. Tineva más allá: *«Diez millones de ignorancias no hacen un saber»*.

Estos pensadores se refieren al velo de la ignorancia sobre cómo posiblemente actúan los candidatos una vez elegidos. *«De allí que los números creen poder, no derecho»*.

Winston Churchill justificaba la democracia, recurriendo a un argumento que no por remanido,

deja de tener fundamento y razón; para el estadista inglés, *«se trata de un criterio pésimo, si se exceptúa que los otros son peores»*.

«Después de todo la democracia es una técnica, un instrumento (...) y ningún instrumento posee virtudes sin defectos».

Estoy convencido que muy pocos políticos y muchos más electores, sepan que la forma de dirigir las elecciones y el voto secreto fue virtualmente inventada por unos monjes.

No hay nada de sorprendente, ya que en el siglo XVIII las órdenes monásticas tenían que resolver el problema de elegir a sus superiores. En virtud de ello y dado que no podían recurrir a la herencia o a la fuerza, tuvieron que encontrar una forma de seleccionar a las cabezas de sus órdenes, eligiéndolas.

Resultado de esa experiencia y de los experimentos realizados durante siglos, el constitucionalismo electoral de las diversas órdenes religiosas adquirió una perfección y una complejidad incomparables.

Naturalmente y a pesar de las óptimas condiciones en que realizaban sus elecciones, los monjes sabían muy bien que ellos no eran angelitos, trabajaron

arduamente para asegurarse que una mayoría de los peores no derrotara a una minoría de los mejores; como suele ocurrir frecuentemente en las elecciones aquí o en Gringolandia o en Grecia.

El mundo democrático, pseudo liberal, nació de la defensa del principio de que el gobierno injusto de los no elegidos –el de las monarquías hereditarias– debería ser reemplazado por «*el gobierno de los seleccionados*».

«*Las elecciones fueron concebidas como un instrumento de selección en el sentido cualitativo del término. **A ninguna sociedad le interesa estar gobernada por los peores***», a pesar de que esto ocurre con demasiada frecuencia, quizá para dar razón al dicho popular que «*los pueblos tienen los gobiernos que se merecen*».

A medida que pasó el tiempo, «*el énfasis cuantitativo ocupó el lugar del cualitativo*». Y aunque la intención original era contar para seleccionar, **en la mayoría de las democracias de nuestro hamburguesado y en ocasiones muy bobalizado tiempo, el instrumento se ha apoderado del propósito, haciendo totalmente válida la Ley de Gresham: «la cantidad devalúa la calidad»**.

El gobierno de las mayorías, se ha convertido en una corrupta Regla de Oro: consigue cuantos votos puedas, como puedas.

El siempre recordado sociólogo C. Wright Miles expresó así su descontento: *«En el momento actual, y con el consentimiento general, se está haciendo cada vez más difícil para cualquiera que posea sólo talento y carácter conseguir ingresar en la Cámara de los Comunes».*

Por su parte, John Stuart Mill, el padre de la Democracia Participativa, escribió: **«No es útil, sino perjudicial, que la Constitución declare que la ignorancia tiene derecho a tanto poder político como la sabiduría».**

[«La información en lugar de transformar la masa en energía, produce todavía más masa» / Baudrillard]



Gracias a los políticos y a las elecciones, el arribismo llega cada 4 años

La señalada sentencia del padre de la democracia participativa, John Stuart Mill (*«No es útil, sino perjudicial, que la Constitución declare que la ignorancia tiene derecho a tanto poder político como la sabiduría»*), pasaba porque *«el peligro de que un bajo grado de inteligencia en el cuerpo representativo y en la opinión popular que lo controla, no asegure una dosis de conocimiento en la Asamblea»* Legislativa (el Congreso) y en verdad esta fue su gran preocupación.

Y es que en la clásica Teoría de la Democracia (de Joseph Alois Schumpeter), la selección de los representantes (diputados y/o senadores) *«se considera secundaria con respecto del propósito principal... conferir el poder de decidir (...) al electorado»*.

Por su parte, Carl Friedrich da una respuesta en *Constitutional Government and Democracy*, con su regla de las reacciones anticipadas, las que burdamente

podríamos sintetizar así: los políticos elegidos que pretenden ser reelegidos (es decir cumplir el sueño de continuar como político *for ever*) en un contexto competitivo, están condicionados en sus decisiones por la anticipación (expectativa) de la reacción del electorado ante sus decisiones.

La democracia es, no olvidarlo, un subproducto de una frustrante competición de reclutamiento de presuntos líderes.

Esto es así, *«porque el poder elegir produce también, como resultado, a modo de retroacción, que los elegidos tengan en cuenta el poder de sus electores».*

De tal modo, seguir siendo reelegido, a como dé lugar y sin importarle mucho las reglas a seguir para lograr su objetivo, es *el karma de los políticos* y cuanto más mediocres sean estos, mayor será su karma y sus desvergüenzas.

Los criterios para saber (o poder) distinguir a una minoría controladora, son muchos. Para este empedernido lector, dos de ellos, revisten singular importancia: el altímetro y el del mérito.

El primero (el «altímetro») es un grupo controlador que es el que está ¡siempre! situado en la cima, como

buenos discípulos de Maquiavelo. El altímetro, supone «*que el que está en la cúspide (es porque) tiene poder, una presunción basada en la lógica de que lo tiene porque se encuentra en la cima*».

El segundo criterio, el del mérito, es mucho más escaso, pues se trata de un político que se encuentra en la cumbre y tiene poder porque lo merece.

En su *Trattato di Sociologia Generale*, Vilfredo Pareto concibió a la élite como a la gente que ostenta la calificación más alta en capacidad en el ámbito de su actividad.

Sin embargo, a la luz de los resultados de las actuaciones de los políticos al frente de un gobierno (la elección del gobierno y el país, que dan a su criterio), son prueba irrefutable de lo equivocado que estaba Pareto, pues pareciera que capacidad y político son dos términos irreconciliables.

[En este caso, el Principio de Pareto –reglas del 80:20– no funcionan como tantos otros principios]

Para Peter Bachrach, como para todos *los elitistas del poder*, «*la función principal de una elite es disuadir a las masas de las tentaciones, del perfeccionismo, de demagogia*».

La demagogia es la tarjeta de presentación de la mayoría de los políticos.

Recordemos que la grandeza de Atenas alcanzó su cúspide, con Pericles, precisamente porque por su rango, aptitud y conocida integridad, estaba capacitado para ejercer un control independiente sobre el pueblo.

Si conoce usted un político que reúna estas condiciones, no deje de inscribirlo inmediatamente en *El Libro de los Imposibles*.

[«...todo progreso tecnológico es, por definición, un progreso. Sí y no. Depende de qué entendamos por progreso» / Giovanni Sartori]



Ninguna forma de gobierno necesita tanto de los líderes como la democracia

Salvador de Madariaga en *Anarchie ou Hiérarchie*, señaló que *«a pesar de las apariencias, las democracias liberales dependen de los líderes, incluso más quizá que otras formas de gobierno más autoritarias pues... su tendencia natural a debilitar las fuentes de la autoridad política debe compensarse con un grado mayor de autoridad por parte de sus líderes»*.

Debemos entender autoridad como reconocimiento, para asumir que quizá ninguna forma de gobierno necesita tanto de los líderes como la democracia (*The American Commonwealth*, de James Bryce, 1988) ya que *«el poder se ejerce verdaderamente –según el politólogo Robert A. Dahl, ex presidente de la American Political Science Association y profesor emérito de ciencias políticas de la Universidad de Yale– sólo cuando una cuestión es controvertida»*, puesto que las democracias se valen de un control recíproco entre los líderes.

Un (el) gobierno que simplemente cede ante las demandas (por ejemplo, por el aumento del presupuesto o los impuestos o de lo que Ud. quiera) resulta ser altamente irresponsable, ya que no está a la altura de sus responsabilidades, porque un diputado no es solo responsable ante, sino fundamentalmente es responsable «por».

Lo anterior quiere decir que la representación que el pueblo les otorgó, intrínsecamente, se compone de dos ingredientes: sensibilidad y responsabilidad independiente.

Las elecciones no aseguran la calidad de los resultados, sino solo su (aparente, la mayoría de las veces) **carácter democrático.**

El resto –los resultados– depende de la calidad, no solo de *la sensibilidad*, del liderazgo. Y usted mejor que nadie, conoce que la sensibilidad de muchos líderes por los que ha votado, pasa por su cuenta bancaria. La de él (líder) que se incrementa desmesuradamente, y no la suya, que disminuye angustiosamente.

Los estudiosos, ciertamente, van desde *la igualdad del poder*, concebida como el poder igual del demos, hacia *la igualdad de oportunidades*, y esto apunta a un comienzo más que a un estado final.

Por tanto, la igualdad que mejor define el proceso democrático, es la meritocracia (la igualdad de mérito), en buen romance, la igualdad proporcional del viejo Aristóteles: «*A cada uno en proporción a su mérito, capacidad o talento*».

Dicho con palabras del filósofo-político de la Universidad de Harvard, John Rawl (*The Theory of Justice*): «*debe conseguirse que las desigualdades económicas y sociales produzcan una expectativa razonable de redundar en beneficio de todos*».

Pero si usted quiere evaluar a los gobernantes que eligió, con base a su mérito, capacidad o talento, seguramente se pondrá a llorar conmigo, puesto que este escritor también metió las patas hasta al culo, en la selección y elección de sus elegidos.

[Pienso en Perón, Frondizi, Illía, Alfonsín, Menem y en De la Rúa, hago mi *mea culpa* y me pongo a llorar]

Así es que, como la autoridad siempre se ha conectado con la legitimidad, nunca con la legalidad, puesto que «*la autoridad equivale al poder que es aceptado, respetado, reconocido, legítimo*»; como reza el *Bulletin International des Sciences*.

Los regímenes políticos están sostenidos por su legalidad, pero pueden verse, socavados y hasta

destruidos, por una crisis de legitimidad (si carecen de ella).

La autoridad es un poder.

Un poder basado en el prestigio y cuya influencia surge espontáneamente. En cuanto a su eficacia, esta deriva de su capacidad de ser escuchada, no impuesta por obligatorias y supinas cadenas de radiodifusión.

La democracia liberal aspira a la transformación (unión) del poder en autoridad, en la perspectiva que la verdadera libertad reconoce la autoridad de igual forma que la autoridad reconoce la libertad.



**La libertad no es un bien que poseemos.
Es un bien del que, gracias a las leyes,
los prejuicios y la ignorancia,
nos hemos visto despojados**

La democracia liberal aspira a la transformación (unión) del poder en autoridad, en la perspectiva que la verdadera libertad reconoce la autoridad de igual forma que la autoridad reconoce la libertad. Por su parte, debemos señalar que el absolutismo es, como contraparte, el ejercicio de un poder absoluto, que no encuentra oposición fáctica, ya que concentra en sí mismo, todo el poder.

Cuanto más pierde una sociedad democrática en su estructura pluralista –división de poderes y otras babosadas e intoxicaciones– más fácilmente se dan las condiciones que hacen posible el absolutismo.

Sin embargo, el concepto (absolutismo) se lo debemos agradecer a las monarquías absolutas de los siglos XVII y XVIII (aclaración inevitable, para aquellas lectoras

inteligentes que pierden su tiempo leyendo «Hola» y otras inmundicias del corazón plebeyo, que «*mono*» es igual a «*uno*»; monarquía es por tanto, «gobierno de uno») que eran estados patrimoniales, considerados como propiedad del monarca de turno.

En la misma onda está el totalitarismo, que no es otra cosa que un exceso de totalidad. «*Más bien está más legitimado que cualquier otro régimen para convertirse en un Estado total, un Estado que penetra en todo*».

Podemos señalar también que el totalitarismo es «*la creencia de que alguna institución o grupo organizado, iglesia, gobierno o partido dispone de un acceso especial a la verdad. Más que el totalitarismo como sistema político (lo más grave) es la mente totalitaria*» que no es otra cosa que un sistema de creencias, ideologías, místicas, religiones y particulares visiones del mundo, que de alguna manera es, la antesala de la dictadura.

La diferencia entre totalitarismo y dictadura reside en el problema de sucesión: mientras en el totalitarismo logran superarse las crisis sucesorias, en las dictaduras raramente sobrepasan el tiempo de vida del dictador.

Claro que algún erudito politólogo puede recordarnos que en Roma, la dictadura era una magistratura

extraordinaria de corta duración, digamos seis meses, estrictamente proyectada para enfrentar estados de emergencia (digamos algo parecido a lo que pretendió George W. Bush, ya que «*dictaré*» no es otra cosa que «*dictar*»).

Le debemos a Giuseppe Garibaldi (1860, Sicilia) la gracia del cambio *dictador a la romana a dictador-dictador*, cuando se autoproclamó dictador, con lo que dio a entender de forma ostensible, que la palabreja (dictador / dictadura) tenía aún, un aura favorable y emocionante.

Los demócratas y los tecnócratas de la democracia liberal, señalan a Montesquieu como quien estableció la clasificación de las formas citadas en estas irreflexiones (absolutismo, totalitarismo y dictadura), en las que cada una contaba con una suerte de posicionamientoseudopolítico mercadológico, como lo llamarían ahora algunos charlatanes de la politología.

La monarquía: *el honor*. La aristocracia: *la moderación*. El despotismo: *el temor*. Y la democracia: *la virtud cívica*.

Por tanto, la democracia representa un sistema político caracterizado por el repudio del poder personalizado, de un poder sobre los ciudadanos que estos no

se lo han otorgado, ya que el poder como tal, no es propiedad de nadie. ¿O sí?

[«Libertad significa responsabilidad, por eso, la mayoría de los hombres le tiene tanto miedo»

/ George Bernard Shaw]



El poder no es propiedad de nadie

Así es, el poder no es propiedad de nadie.

En el entendido que, por principio, nadie puede autoproclamarse gobernante, el poder solo puede ser concedido (siempre temporalmente) sobre la base de la revocabilidad.

Los mecanismos constitucionales hacen depender el ejercicio del poder de su investidura y se vincula a los cargos públicos por medio de preestablecidas estructuras jurídicas, las cuales otorgan las condiciones indispensables que permiten la sustitución de los gobernantes, la limitación de sus mandatos, sus deberes y obligaciones ante el pueblo que lo eligió y el posible fin de los abusos del poder que suele ser el vicio mayor de no pocos seudogobernantes.

Cuando analizamos la Democracia del Referéndum, establecimos que la democracia liberal y representativa es más efectiva que la primitiva democracia de la mayoría absoluta, puesto que esta fomenta una

minoría frustrada e intensa de perdedores que intentará retrasar el desenvolvimiento del proceso democrático y optará por una aptitud obstruccionista, en lugar de una cooperativa.

(Recuerde usted en Guatemala, el comportamiento de las minorías desde el gobierno de Vinicio Cerezo Arévalo a nuestros días. El resultado es francamente inexistente.)

El absurdo criterio de la mayoría absoluta del tipo aplanadora politiquera *«impone una estructura dicotómica de opción tal que los votantes se ven forzados a expresar su 'primera preferencia' y lamentablemente solo su primera referencia»*.

Las decisiones mediante acuerdos (consenso) permiten un cierto orden de las preferencias basadas en segundas y terceras preferencias, tan dignas de respeto y de ser escuchadas como las primeras.

Cuando se abordan los problemas de un país por consenso, se ponen en funcionamiento los mecanismos de *compensación recíproca diferida*, lo cual presupone la existencia de por lo menos tres requisitos interrelacionados: la intensidad desigual de las preferencias; una sucesión de decisiones próximas y mayorías cíclicas relativamente fluctuantes.

Los representantes del pueblo (todos, no solo los de la mayoría) pueden llegar a acuerdos positivos, ya que la distribución de la intensidad de las preferencias tiende a cambiar según el problema.

La esencia de un sistema político basado en la compensación recíproca diferida permite resultados donde las posibilidades corruptivas no estén al alcance de los depredadores de las arcas del pueblo.

El voto disperso (ejemplo: referéndum) se caracteriza, como lo hemos comprobado, por el hecho de que un universo disperso es incapaz de interactuar y negociar. Este tipo de negociaciones pone al pueblo en general y no en particular, a buen resguardo de las mayorías absolutas propensas al error por sus infalibles impulsos mesiánicos.

Es tiempo de detener nuestras irreflexiones y regresar a las promesas electorales, producto del escaso respeto que no pocos políticos tienen por el pueblo que los puede llegar a elegir.

No hay axioma más empíricamente falso y racionalmente indefendible que **«el pueblo tiene siempre la razón»**.

Solo si lo reformulamos menos provocativamente

diciendo **«el pueblo tiene derecho a cometer sus propias equivocaciones»**, contribuiremos a generar mayor comprensión.

[«Los sondeos de opinión reinan como soberanos. Quinientos americanos son continuamente interrogados para decirnos a nosotros, es decir a los otros 250 millones de americanos lo que debemos pensar» / Mark Herstgaard]



Siempre es útil estudiar la antigüedad...

«... pero resulta pueril y peligroso imitarla»; comparto plenamente este concepto de E. Laboulaye, (*Estudios sobre la Constitución de los Estados Unidos*. Sevilla, 1869) y más cuando nuestra andadura es por los senderos de la democracia y la corrupción.

De todos modos para continuar estas variaciones, es aconsejable recordar que la palabrita *demokratia* tiene una antigüedad casi dos mil cuatrocientos años y, que aquella democracia se concebía como una simbiótica relación incoherente entre la ciudad (*polis*) sus ciudadanos (*politeia*).

Conocedor de los bueyes con que deba lidiar, el viejo Tucídides (y no por viejo menos sabio, destacado político ateniense –siglo V a. C.– que llegó a dirigir la facción conservadora –aristocrática– opuesta a la facción democrática de Pericles) dijo: «*Andres gar polis*», que en buen español quiere decir: «*son los hombres lo que son la polis*» (ciudad) y dicho aún más

concretamente: **«los pueblos tienen los gobiernos que se merecen».**

Lo bueno de aquella antigua democracia era que una democracia sin Estado, palabreja esta que viene del participio latino *status* y ya que estamos en esto de las recordaciones, recordemos que fue –¿quién si no? – Maquiavelo, el primero que usa este término en el sentido político moderno, que no es otra cosa que *«una estructura de mando impersonal que incide sobre una sociedad»*; casi... casi escribo suciedad, que es casi lo mismo.

Por otra parte, sociedad proviene del latín *socius*, que significa: compañero, asociado. Por tanto, podemos decir sin temor a equivocarnos que *«mientras la sociedad asocia al pueblo, el Estado se sitúa sobre el pueblo».*

Claro está que en esto de estudiar a los antiguos griegos –como los llamaba La Pepa, una gallega fenomenal amiga de mi madre– debemos asumir que *«el autogobierno griego requería que el ciudadano se dedicara por completo al servicio público. Autogobernarse significaba pasarse la vida gobernando. El ciudadano se entregaba totalmente a la ciudad, le daba su sangre durante la guerra y su tiempo durante la paz, no era libre de dejar a un lado los asuntos públicos para cuidar a los suyos».*

Pero... ¡fíjese qué! Los griegos elegían la mayoría de los cargos ¡por sorteo!

Y así es que los ciudadanos elegidos debían trabajar por el bien de su comunidad. Solo que... aquí cabrá nuevamente repetir nuestro clásico ¡fíjese que!... «*La hipertrofia política produjo la atrofia económica. En buen romance: cuanto más perfecta se hizo la democracia más se empobrecieron los ciudadanos. En detrimento del 'homo economicus' crearon el 'animal político'*», dicho esto sin ofender a los animales.

Fue precisamente el macedonio peripatético y putativo padre de la filosofía occidental, Aristóteles, quien destacó que ***un hombre que tiene que trabajar para vivir, no puede ser ciudadano.***

Y el bueno de Jean-Jacques Rousseau, nos recordó a mediados del siglo XVIII, que entre los inventores de la democracia, «*los esclavos eran los que trabajaban*», ya que «*la preocupación principal (de los ciudadanos) era su propia libertad*»; por eso vociferó en su *Contrato Social*: «*¡Qué! ¿La libertad no puede existir sin apoyarse en los servidores? Quizá los dos extremos se tocan*».

Los griegos –recontra padres de la *demokratia*– no concebían al individuo como persona y precisamente persona es la expresión que Immanuel Kant utilizaba

en sus imperativos morales: «*No se puede tratar a las personas como medios sino, de igual modo, como fines en sí mismos*».

Así es que cabe entonces esta pregunta: –¿*Conoce usted gobernantes que trabajan para sus gobernados?*

Ojalá que su respuesta no sea como la de aquel mulá talibán –de cuyo nombre no quiero acordarme– al que se le preguntó por sus adversarios: –«***Podemos amar a nuestros enemigos, pero solo después de haberlos derrotado***».

[«***Tan improbable es el ayer como el mañana***» / Luis Cardoza y Aragón]



Si no te gusta la imagen reflejada en el espejo, no rompas el espejo, rómpete la cara

Este antiguo proverbio persa, nos permite continuar nuestras variaciones sobre democracia y corrupción, y lo estoy haciendo extensivamente y no en la privacía de un claustro, porque todos tenemos el derecho de elegir a vivir quizá en democracia que, como lo señalara Winston Churchill, reiteramos: «*se trata de un criterio pésimo, si se exceptúa que los otros son peores*».

Y ya que hablamos de privacía, que (viene de privado, que deriva de latín *privatus*, del verbo *privare*, que significa: privar de algo) se usaba para designar una conexión incompleta con la comunidad, algo así como el tele informativo guatemalteco Avances, de triste y vergonzosa memoria.

Los demócratas griegos usaban *idiom* (privado) en contraste con *koinón* (el elemento común) que denota aún mayor intensidad en lo que hace al sentido de privación.

Conforme a ello, *ideótes* era un término peyorativo con el que se designaba al que no era *polites*, un digamos no-ciudadano y, consecuentemente, «*un hombre vulgar, ignorante, sin valor, que sólo se interesaba por sí mismo. Es revelador (del cambio) que mientras la connotación negativa original de 'ideótes' ha permanecido en nuestra palabra idiota, la asociación con lo 'privado' se ha cercenado*».

El individualista espíritu griego «*carecía de la noción del espacio privado 'legítimo' concebido como proyección moral y jurídica de la persona*».

La primitiva *demokratia* no respetaba al individuo, más bien sospechaba de él; como algunos políticos sospechan de los periodistas, a *prima facie*, por si las moscas o como decía Dan Geenburg en su delicioso libro –¿de superación?– «*Cómo ser una idische mame*»: «*Castiga a tu hijo todos los días; si tú no sabes qué ha hecho él para merecer este castigo, él lo sabrá*».

La *demokratia* helénica era una sociedad que desconfiaba de las personalidades destacadas, por ejemplo Hermodoro fue proscrito y desterrado de Éfeso –la tierra del buen Heráclito– porque no se permitía que un ciudadano fuera mejor que los otros.

«*Uno de los más extraños errores que se pueden cometer es creer que en las ciudades antiguas los ciudadanos gozaban de libertad*», escribió Fustel de Coulanges;

cuando decíamos que el ciudadano no gozaba de la independencia ni de la seguridad que hoy llamamos libertad; de igual manera que *el significado Pax de los romanos no es el mismo que el de nuestra Paz*.

Según el autor de *La cité antique* (1864), los antiguos no conocían ni la libertad de la vida privada, ni la libertad de educación, ni la libertad religiosa. La persona humana contaba bien poco ante la autoridad sagrada y casi divina que llamamos «patria» o «Estado».

Recordemos al respecto este concepto de Tácito, historiador romano de la conquista de Bretaña: «**el ejército romano creó la desolación y la llamó paz**».

[Otra válida recordación: Esparta no era Atenas, sino mucho peor en cuanto a la no-libertad de sus ciudadanos, fueran o no espartanos.]

La *demokratia* se presta como en Aristóteles, «*a ser interpretada como el gobierno de una parte (la mayoría triunfante de los ciudadanos) que se opone al resto. Mientras que en la 'república' no, porque el término sugiere la idea de interés general, del bien común*», que los ingleses tradujeron como Commonwealth.

Por lo dicho: **¡cuídese de los demócratas, como de cualquier otro fundamentalista!... porque la democracia en el sentido propio del término, «es necesariamente despótica»** (Kant).



Elegir es un decir

El título lo tomé prestado de mi paisano Ricardo Piglia, el mismo escritor que señalara que «*La política se ha convertido en la práctica que decide lo que una sociedad no puede hacer*». El autor de *Plata quemada*, como yo, es compatriota también de Andrés Oppenheimer, el fenomenal periodista ganador del Premio Internacional de Periodismo Rey de España 2001 (columnista del *The Miami Herald*, analista político de la CNN, co-ganador del Premio Pulitzer y ganador del Premio Ortega y Gasset, y del María Moors Cabot. Recordemos asimismo que su nombre figura en el ranking de periodistas más influyentes de los Estados Unidos de América, que realiza la revista *Forbes*) quien lleva a cabo una profunda investigación sobre el tema del lavado del dinero y el negocio de la corrupción en América Latina. La lupa de Oppenheimer fue puesta sobre los escándalos que involucraron a multinacionales como Citibank e IBM y al mismísimo Gobierno de los Estados Unidos de América (la del Norte, *of course*).

[Todo esto puede usted leerlo en *Ojos vendados*, publicado por Editorial Sudamericana y que este

escribidor comentó en las páginas de Siglo Veintiuno durante seis domingos entre junio y julio de 2001, y cuya lectura actuó como disparador de estas variaciones sobre democracia, la libertad, la política y la corrupción, junto con los dos tomos de *Teoría de la Democracia* del filósofo italiano Giovanni Sartori, publicado por Alianza Editorial y Editora REI.]

Continuemos...

Ya en 1795, Immanuel Kant criticó duramente a los que comenzaban a confundir el régimen republicano con la democracia; el filósofo alemán decía que **«la democracia es en el sentido propio del término, necesariamente despótica»**, mientras que en la república no, *«porque el interés incluye a todos, no solo a la mayoría o a quienes voten»*.

El menos joven Rousseau situaba a la república por encima de la democracia.

«¿Cómo fue posible que un ideal que (como sabemos) pudo ser tan sugerente, sufriera un eclipse durante un periodo tan largo de la historia? (diecisiete siglos) Sí, como creo, la historia refleja la lengua, el olvido en que cayó el término democracia es altamente significativo pues demuestra elocuentemente que el hundimiento de las democracias antiguas fue tan definitivo como

memorable. Y esto sugiere, a la vez, que el hecho de que se haya vuelto a usar la palabra significa que algo nuevo ha aparecido: la democracia liberal».

He aquí una cita de Cornelio Tácito –historiador, senador, cónsul y gobernador del Imperio Romano– que deberíamos tener muy en cuenta para analizar la conducta de las asambleas legislativas (el congreso lo puede seleccionar usted, querido lector): «**Cuanto más se corrompa a la república mayor será el número de leyes**».

Asimismo comparto con el pensador inglés John Locke (padre –¿putativo?– del empirismo y del liberalismo) que «*la libertad consiste en el hecho de no estar sometido a la voluntad incierta, inconstante, desconocida y arbitraria del otro*».

[«**Nos salvamos juntos o nos hundimos separados**» / Nicanor Parra]



Somos siervos de las leyes para ser libres

Hablamos «de la libertad económica, de la libertad jurídica, de la libertad política y también de otras libertades; todas estas libertades están interrelacionadas, desde luego, porque todas ellas pertenecen a uno y al mismo nombre. Pero hay cierto tipo de libertades que están pensadas para crear condiciones que permitan la libertad (todas las demás). Existe un carácter secuencial de las libertades. La libertad política (incluye las libertades civiles: de expresión, de prensa, de reunión, etc.) no es de modo alguno la única ni tampoco la más importante; sí es, sin embargo, la libertad esencial desde la óptica de los procedimientos porque constituye la condición 'sine qua non' de las otras libertades. ¿Cómo podríamos considerar suficientes las otras libertades si un señor todopoderoso impide su desarrollo?».

Por tanto, lo que podemos exigirle a la libertad política es... protección.

Pero: –¿Cómo obtener esta protección?

Presumo que solamente en la obediencia a las leyes y no a los señores elegidos por la voluntad de una mayoría.

Fue Cicerón quien dijo: «**Somos siervos de las leyes para ser libres**»; Locke le dio «una vuelta de tuerca» más a esta sentencia al señalar que «**donde no hay ley no existe libertad**».

La libertad política reside, inexorablemente (por más que haya quienes hacen todo lo contrario) en la búsqueda de normas que controlen el poder. Por eso mismo, los griegos asumieron que si no querían ser gobernados tiránicamente, debían gobernarse mediante leyes.

Y como consecuencia de leyes que eran inciertas y cambiantes (como las que nos tienen acostumbrados, usted sabe muy bien quiénes): «*la soberanía popular fue situada por encima de la ley y, por ese mismo acto, el gobierno de las leyes se fundió y confundió con el gobierno de los hombres*», que por otra parte, es un desgobierno, pues carece de criterio de limitación.

Los romanos no fueron muy lejos y de verdad no realizaron ninguna contribución a la solución del específico problema de las libertades políticas, pero sí debemos otorgarles el crédito que contribuyeron a la

idea de la legalidad, como popularmente conocemos el anglosajón *rule of law*.

Todo hace suponer, pero no estamos por suerte muy seguros de ello, que *«la solución jurídica al problema de la libertad política es la aportada por el liberalismo que se desarrolló con la práctica constitucional inglesa y que encontró su formulación más resonante, en la Constitución de U.S.A., la cual está totalmente expuesta a lo que podemos llamar sin temor a equivocarnos, ‘teoría del garantismo constitucional’»*.

La manera de institucionalizar un equilibrio entre el gobierno de los hombres y el de las leyes, lo encontró el liberalismo; ¡y así nos va!

«La fabricación masiva de leyes acaba por poner en peligro el requisito fundamental del derecho: su certeza. La certeza de futuro de que las leyes serán duraderas».

[Y mientras, esbozo una sonrisa pensando lo ‘duraderas’ que son nuestras leyes.]

[«Karl Popper (1996) ha escrito que una democracia no puede existir si no se controla la televisión» / Giovanni Sartori]



Las leyes fácilmente cambiables son incapaces de asegurar la protección de la ley

El que espere leyes duraderas, «*precisamente, porque permite a los destinatarios de sus preceptos planificar el curso de su vida, conocer donde están las luces rojas y las luces verdes*», puede en no pocos países iberoamericanos, asumir que en nuestras democracias, cambiamos leyes casi como de ropa interior.

En la antigua y siempre recordada Atenas, las leyes eran ciertas, por ser escritas y precisas, pero ningún ateniense estaba seguro de que una ley vigente hoy, pudiera estarlo mañana. Y esto es así, les gustara o no a los *demokráticos helénicos*, como a los franceses que llaman a su república, *la república de los diputados*, que como no pocos saben, terminó degradando los logros del constitucionalismo liberal y todo porque no asumieron, como tampoco lo asumen hoy (más por desconocimiento que por otra causa, relacionada con la supina ignorancia de la que hacen gala los

diputados; una vez más, dejo que usted escoja la nacionalidad; por mi parte escojo, argentinos, que en su gran mayoría, son un muestrario de incapacidad, incultura, corruptela y otras maravillas) que **las leyes fácilmente cambiables son incapaces de asegurar la protección de la ley.**

La solución del constitucionalismo liberal fue la del gobierno de los legisladores, pero... con limitaciones; dos limitaciones: una frente a un riguroso método en la elaboración de las leyes, el que estaba sometido a un sistema severísimo (vetos, dobles cámaras), y otra, relativa al legislativo dominio que estaba restringido por una ley superior (la constitución). Preservando e impidiéndolas así, atentar contra los derechos que afectan la libertad de los ciudadanos. Pero como usted sabe muy bien, los constitucionalistas generalmente no son constitucionalistas, y así paso con los creadores de las constituciones liberales que le concedieron independencia al Poder Judicial.

Para nuestro vastamente citado Rousseau, lo mejor era **«legislar lo menos posible»**, por eso fue que les escribió a los ciudadanos de Ginebra: *«Desde el momento en que la construcción de vuestro gobierno ha alcanzado una forma definitiva y estable (buenas leyes y prudentes) vuestra función como legisladores ha terminado»*.

Más allá de que el modelo de Rosseau era *la constitución estática por antonomasia*, la línea de su pensamiento se orientaba a que el Poder Legislativo debía proteger las leyes, pero no modificarlas.

(No hay mal que dure cuatro años, ni bolsa ni chequera que los aguante.)

[«**El inventor ha sido aplastado por sus inventos**» / Giovanni Sartori]



La desigualdad es fácil; la igualdad es difícil

Creo como el acaso puritano cristiano R. H. Tawney, historiador de la economía (*Equality*), que «**si la desigualdad es fácil**, puesto que lo único que supone es flotar en la corriente, **la igualdad es difícil** porque supone nadar contra la corriente».

En otras palabras, la igualdad simboliza y estimula la revuelta del hombre contra la fortuita diversidad; la igualdad es el más insaciable de nuestros ideales. Si hay algo existente que sitúa al hombre al comienzo de una interminable carrera, eso es la igualdad.

Allá por 1857, en Springfield, Lincoln intentaba explicarle a sus paisanos confederados (más paisanos de la Familia Bush, sin duda alguna que de don Abraham) que «*no pretendían declarar a todos los hombres iguales en todos los aspectos. No querían decir que todos los hombres eran iguales en color, compleción, intelecto, cualidades morales o aptitudes sociales*».

En realidad Lincoln se refería a iguales en el sentido de «semejantes»:

*«La igualdad es un principio moral, ético; deseamos la igualdad porque es una meta justa, no porque los hombres sean efectivamente semejantes. Es justo promover ciertas igualdades precisamente para compensar el hecho de que los hombres sean diferentes y hayan ‘nacido diferentes’. El primer fundamento y aun el más sólido de la igualdad, se encuentra en el concepto cristiano de que **cada hombre es igual que cualquier otro en su dignidad y valores intrínsecos**».*

El artículo 6 de la Declaración de Derechos de los franceses (1789), dice así: *«Todos los ciudadanos siendo iguales (ante la ley) pueden optar de igual forma a todas las dignidades y cargos públicos según su capacidad y sin otra distinción que las de sus virtudes o talentos».*

En el artículo 2, de la Declaración de 1793, leemos: *«La igualdad consiste en que todos tengan los mismos derechos».*

Y la de 1795, establece en su artículo 3, que *«la igualdad consiste (en Francia y para los franceses) en que la ley es la misma para todos, tanto cuando protege como cuando castiga. La igualdad no admite distinción alguna por razón de nacimiento ni herencia ni poderes».*

Por tanto, usted debería tener el mismo derecho como tal o cual funcionario, de acceder a los negocios a los que él accede y hasta tener (lamentablemente imposible) la misma cantidad de automóviles último modelo o apartamentos, que el político al que ayudó con su voto, a llegar al legislativo.

Hoy, sin embargo, sabemos que la libertad por sí misma no iguala las oportunidades; valga como ejemplo, mi patria, Argentina o Guatemala, donde ejerzo de porteño por mis cuatro puntos cardinales y en ocasiones de betanceiro, por morriñas.

Esta es una de las frustradas ilusiones del liberalismo: la democracia moderna busca una serie de igualdades (supuestamente) justas que no fluyen espontáneamente con el despertar de la libertad.

«Lo que habitualmente quiere significarse con la 'igualdad de oportunidades', se describiría mejor como «la competencia sin restricciones ante oportunidades escasas».

[«*Todos los hombres nacen iguales, pero es la última vez que lo son*» / Abraham Lincoln]



Para equilibrar desigualdades, hay que discriminar en proporción opuesta

Habíamos señalado que *«lo que habitualmente quiere significarse con la ‘igualdad de oportunidades’; se describiría mejor como ‘la competencia sin restricciones ante oportunidades escasas’»*.

Lo anterior lo tomamos prestado de Anthony Flew (*The Politics of Procastes*, 1981) y *«con esto quiere decirse que la democracia liberal (también) está dispuesta a llegar a un compromiso: más igualdad o mayor igualdad a cambio de menos libertad, pero no a costa de mucha libertad, porque el problema está en que la persecución de estados finales iguales hace peligrar el principio de trata igualitaria (para equilibrar desigualdades hay que discriminar en la preparación opuesta), la que puede implicar que el fin destruya los medios para alcanzarla»*.

De todas maneras, es posible lograr unas pocas dosis mayores de igualdad, equilibrando mejor y más plenamente las desigualdades.

La libertad puede ser destruida por la búsqueda exagerada de la igualdad.

Es justo reconocer que desde luego, existió alguna vez la igualdad antes de la libertad, y fue (o es) en la igualdad de los individuos que carecen de todo. Para los empedernidos buscadores de la libertad, es tan injusto imponer la igualdad sobre lo distinto como aceptar desigualdades sociales heredadas. Para ellos, *«hay que oponerse tanto a las situaciones de igualdad como a las de desigualdad injustificadas»*.

El politólogo Néstor Bobbio señaló que *«es muy fácil rechazar el liberalismo si se lo identifica con una teoría o con una práctica de la libertad entendida como poder de la burguesía, pero es más difícil hacerlo cuando se lo considera como la teoría y la práctica de limitar el poder del Estado... pues si la libertad entendida como el poder de hacer cualquier cosa, interesa a aquellos lo bastante afortunados que lo poseen, la libertad como ausencia de obstáculos interesa a todos los hombres»*.

Sin embargo, para el liberalista ecuménico T. P. Neill: *«el liberalismo no es más que una actitud innata de un occidental civilizado ante la vida»*; mientras que para el filósofo jurídico y político Ronald Dworkin (*Liberalism Reconsidered*) es *«una moral política auténtica y coherente... es la postura opuesta al conservadurismo»*

Digan lo que digan, unos y otros, **lo cierto es que los demócratas han aceptado para bien o para mal, el principio de que la libertad es el fin y la democracia es el medio.** Tengo mis dudas al respecto, ya que no fue mucho lo que ambos (democracia y liberalismo) han logrado desde que tuvieron su convergencia en el siglo XVIII.

El liberalismo (en su conjunto y en sustancia) ha absorbido a la democracia en mayor medida que esta ha accionado sobre el liberalismo. Pero esta pírrica victoria (del liberalismo) no ha sido la del vocablo debido en gran parte a que la etiqueta democracia tenía una tradición (¿traición?) de la que aquel carecía y en parte porque **semánticamente hablando, democracia es más tangible que liberalismo.**

[«*Los males de la democracia se curan con más democracia*» / Néstor Bobbio]



¿Por qué no colegiar a los políticos?

Comencemos recordando que fueron los liberales los que terminaron por renunciar a su identidad y se presentaron como *demócratas*.

Después de la Revolución Industrial, que se produjo en nombre de la libertad económica, y de la fracasada (algunos dicen frustrada) experiencia soviética, sabemos que la industrialización se construye a costa de la explotación del proletariado; sin embargo, el progreso industrial de Occidente se produjo bajo las banderas de la libre competencia, del «*laissez-faire*» y los principios (casi escribo, evangelios) de la Escuela de Manchester (John Barnes, J. Clyde Mitchell, Max Gluckman, Victor Turner, 1954-1972).

Por desafortunada coincidencia, el nombre acuñado con esa novedad, fue liberalismo económico cuando era *liberalismo político*.

La culpa (siempre hay alguien a quien culpar) recayó sobre el liberalismo, ganándose en mala ley desde

entonces, la sempiterna hostilidad de las clases trabajadoras, y aún hoy, un buen número de autores y catedráticos siguen confundiendo como un todo, *liberalismo económico con liberalismo*.

Esta actitud no hace justicia, pues Blackstone, Constant, Locke, Madison o Montesquieu, no fueron economistas. El liberalismo significó para ellos (utópicos al fin) la supremacía de la ley y el estado constitucional, y la libertad era la libertad política, no el principio económico del libre comercio.

Como muchos, creo que la cuestión es que toda concentración de poder económico y político supone el aplastamiento del individuo y de su libertad individual.

«Los súbditos se convierten en ciudadanos solamente en estructuras sociales que dispersan el poder y permiten la existencia de una variedad de poderes intermedios y compensadores. Puede que no nos gusten los mecanismos y las estructuras del mercado. Pero el problema es sustituirlos sin perder de vista el hecho de que no solo las libertades de los propietarios sino aun las de los no propietarios, dependen de un sistema que sea capaz de descentralizar el control de la producción y el empleo».

El liberalismo es, simplemente, teoría y práctica de la defensa a través de un Estado Constitucional, de la libertad política individual. Pero, ¿usted cree que los políticos lo saben? (Elija el país; son en su inmensa mayoría, la misma sarta falta de preparación política y de mucho más).

Esta pregunta me lleva a otra: *–Si los que escribimos en los periódicos o los abogados, arquitectos, ingenieros, etc., tenemos que ser colegiados, ¿por qué no colegiar a los políticos?...*

No muchos políticos saben, por ejemplo, que hasta agosto de 1914, un inglés *«que observase la ley podía pasar la vida sin notar apenas la existencia del Estado»* más allá de las oficinas de la policía y el correo. Él viajaba al extranjero sin pasaporte y no tenía, como usted y yo, un número oficial ni una cédula de vecindad, y en cuanto a los impuestos, pagaban algo menos del 8 % de la renta nacional, como lo podemos ver en J. A. Taylor. *English History 1914-1954*. Oxford University.

[**«Saber no es suficiente, debemos aplicar. Desear no es suficiente, debemos hacer» / Goethe**]



¿Quién controla a los controladores?

Deseo hacer un paréntesis en mi andadura para mostrar que nada nuevo hay bajo el sol en mi convulsionada Argentina, presentando un texto, el que de alguna manera comprueba cómo los pueblos somos lo que somos, valga la redundancia... a pesar de que el liberalismo lockeano fue trasplantado al nuevo –¿nuevo?– mundo para producir lo que llamamos la primera democracia moderna, es decir, los Estados Unidos de América.

El texto en cuestión data de agosto de 1901 y su autor fue Sixto Quesada, fundador del Banco Popular Argentino:

«El presupuesto está en constante déficit. No hay crédito externo ni interno. Pues ¿de dónde se sacan los recursos para atender los gastos que actualmente se hacen? Los impuestos no son posible aumentarlos por el momento, porque la situación en la que se encuentran el comercio y la industria, sería precipitar su ruina».

«No queda otro recurso que someterse a una vida frugal, casi franciscana, para que, por medio de la economía se puedan pagar las calavereadas anteriores. Debe colocarse a la administración en un pie de moralidad y orden que le permita recobrar el crédito que hoy le falta. Deben convencerse los vividores de la política, los que hacen gala de haber servido al país, cuando no han hecho sino vivir a costa de él y por consecuencia de los contribuyentes. Ya hizo crisis la enfermedad, hoy el país está en completa anemia, no podrán seguir chapándole la sangre, pues en vez de sacársela hay que reconfortarlo para que pueda vivir y recuperar la salud. Se hacen ilusiones los que creen que podrán seguir politiqueando de forma antigua y que el país da para todo. Han matado la gallina de los huevos de oro y deben resignarse a trabajar; ya se acabó la época de La Jauja y los placeres. El trabajo y la honradez serán lo único que regenerará a nuestro país».

Después de la publicación de este texto hace más de 100 años, la Argentina tuvo gobiernos de todo tipo y al final de los años '20 era uno de los 10 países más progresistas -económicamente hablando- del mundo, con una clase baja muy empobrecida, lo que dio motivo a malestares populares (ciudadanos de N.S.E.: C, D y E) que concluyeron con el apoyo casi irrestricto desde fines de los '40 al peronismo, partido que

siempre estuvo dividido entre demagogos populistas, corruptos incapaces.

–¿Y todo esto por qué volvía a repetirse?

Porque «*el liberalismo ha limitado el poder absoluto y arbitrario, ha vencido el círculo de la desesperación expresado por la pregunta: –¿Quién controla a los controladores?»*

–¿Y quién controla al presidente?

(Usted puede cambiar a su gusto, el nombre del funcionario; Bush jr., Castro, Putin, Aznar, Sharon, Arafat, Singh, Musharraf, Bachelet, K., etc.)

«–¿El Congreso con una desunida mayoría y una más que ineficiente cuando no corrupta oposición? Del Poder Judicial con jueces puestos al gusto del mandatario de turno? ¿Del pueblo con sus cacero-lazos?...»

[«**Lo virtual es un vacío**» / Giovanni Sartori]



Mercado o no mercado; esa es la cuestión

El liberalismo ha liberado al hombre del temor al rey con el supremo horror al saqueo del poder absoluto del Estado.

Otro logro: *«en que es la sola ingeniería de la historia que dota a los fines de medios».*

El arte de estimular desde el interior del individuo la necesidad de promocionarse, fue por siglos desconocido por la democracia o cualquier otro sistema. La sociedad liberal se construyó para promover los fines individuales del hombre y sin embargo, se ha convertido en una economía interdependiente e inhumana, cuando establece fines colectivos.

«Ciertamente no es casual que la democracia reapareciera como un buen sistema de gobierno (después de siglos de condenas) como consecuencia del liberalismo».

Muchos lo rechazan o cantan loas al liberalismo, nunca han comprendido lo que es, realmente. Un creciente

número de europeos, asiáticos y africanos están, redescubriéndolo, con sus virtudes políticas basadas en su propia esencia, como que el poder incontrolado es desastroso e inaguantable; que los tribunales y jueces tienen que ser absoluta y verdaderamente independientes y que las constituciones no son meramente una estructura que el Estado posee, sino una estructura garantista específica, que limita y restringe a los temporales detentores del poder.

«*Es propio de la condición humana tener un cerebro pequeño y grandes problemas*», señaló el cuestionador Charles E. Lindblon, profesor de Economía y Ciencias Políticas de la Universidad de Yale. FCE, México, 1999.

Por tanto, hamblarianamente la cuestión devino en:
¿mercado o no mercado?

Y aquí comenzó la pugna donde *la mano visible* del Estado choca con *la mano invisible* del mercado.

Para algunos la intervención del Estado en la economía es un problema tremebundo y se acunaron conceptos para intentar diferenciarlos: economía planificada, programada, controlada, dirigista, concertada, y la lista sigue.

Pero hay una realidad indiscutible: hoy día todos los gobiernos interfieren en el proceso económico y, como es obvio, hacen planes que raras veces son

limitativos para que coexistan (*¿convivan?*) con el tan poco conocido sistema de mercado.

Pero no se puede hablar de sistema de mercado cuando los gobiernos aprueban políticas keynesianas y manipulan los estabilizadores automáticos de la economía.

«Bajo un sistema de planificación limitada, el mercado es aun el que establece la 'determinación del precio' y muestra las preferencias de los potenciales consumidores. El punto de ruptura se alcanza cuando se destruye el mercado como un mecanismo eficaz para la determinación de precios, como mecanismo de la economía productiva de conjunto».

La planificación colectivizada (comunismo, socialismo y otras intoxicaciones) solo tiene solución si se puede *simular el mercado*; pero la magnitud del problema es tal que desafía a la tecnología de las computadoras.

La última generación de economistas soviéticos estimaba que son necesarios más de 14,000 computadoras y 100 años preparando a los técnicos para realizar cálculos altamente simplificados, y aun así no serían suficientes para intentar simular un mercado.

[«No se puede corregir bien una cosa mal hecha» / Aristóteles]



El mercado no es solo una «mano invisible», es un «cerebro invisible»

Parece ser que «sin un sistema de mercado no es posible distribuir los recursos de manera racional o eficaz y por esa razón las economías planificadas colectivistas no progresan, carecen de la base de costo económico desde la cual partir».

Para la ecuación podemos recurrir caricaturizando respetuosamente, la filosofía de Karl Marx, de la siguiente manera: *«de la filosofía del trabajo de Hegel, Marx percibió la condición del homo laborans en la sociedad industrial temprana como una alienación del hombre en el objeto de su trabajo».*

—¿Cómo se puede medir esta alienación?

Simplemente afirmando que el valor de un producto no es el valor de cambio sino el valor del trabajo. *«El valor intrínseco de cualquier producto fabricado por el hombre es la cantidad de trabajo que dicho producto congela y, en tiempos mensurables, su costa en tiempo de trabajo».*

Sin duda, el primer inconveniente con que se topó fue que un grupo de artesanos especializados producía diez relojes por día y otro grupo solo uno. Marx se resistió a admitir el pago a cada trabajador en proporción con su producción y optó por su principio de que el valor del trabajo debía ser el promedio, computando el tiempo de trabajo global de todos los productores de ese producto.

El cálculo, en el ejemplo de los relojes, arrojaba que un reloj era igual a 5 días de trabajo para todo el mundo (10+1/2). Sin embargo, para los economistas liberales, el mercado diría otra cosa: que si es posible fabricar un reloj al día, no hay razón para pagar a nadie más que un día de trabajo y que aquel que no pueda hacerlo tan rápido tendrá que afrontar el riesgo de ser despedido.

Al parecer **la falacia de Marx era considerar que el mercado es inhumano y no tiene en cuenta al individuo.**

Los liberales que defienden el mercado sostienen que es la única forma de defender al individuo en contra del productor –el *homo faber*– que generalmente no supera el 40 % de la población y aun estos *homo faber* son también consumidores de productos que no fabrican.

La gran paradoja es que Marx era un individualista quizá inconscientemente, mientras que el mercado es colectivista.

«El mercado es un sistema que ordena los intercambios y ajustes entre los 'animales económicos'»; personalmente no me considero un animal, aunque mis acciones económicas lo demuestren.

El mercado desde el punto de vista económico, según los liberales, no tiene costos, no requiere administradores y, al depender de la retroalimentación automática, es un enorme simplificador de información. Por tanto, la competencia es un procedimiento de descubrimiento. **El mercado no solo produce información, sino que, además, demuestra la falsedad o no de esa información.**

Para continuar con la metáfora anterior, «*el mercado no es sólo la 'mano invisible', sino también el 'cerebro invisible'*».

[«De la mano los dos, con paso incierto, a través del Edén se fueron solos» / Milton]



El mercado es cruel, es triunfalista

De una buena vez y sin tapujos, ¡admitámoslo!: **«el mercado es una entidad cruel, se rige por la ley del triunfo de los mejor dotados.** Busca una adecuación para cada uno y motiva a los individuos para que se esfuercen cuanto puedan. Pero la sociedad de mercado expulsa a los irremediabilmente incapaces, los cuales o sucumben o, para sobrevivir, deben buscar otros medios de vida».

«El mercado es ciego ante el individuo-productor pero es una maquinaria despiadada al servicio de la sociedad», señala Giovanni Sartori, cuya *Teoría de la Democracia* nos sirve de base para estas variaciones sobre la libertad, la política y la corrupción.

A pesar de la retórica apasionada, y al contrario, el mercado es la entidad clave, el detentor de las apuestas, no el capitalista, quien puede enriquecerse de igual modo que puede verse reducido a la miseria por las mismas leyes del mercado: lo que gana hoy

puede perderlo mañana frente a un competidor más eficaz y nada puede hacer por evitarlo.

Después de todo, querido/a lector/a (dominical), la expropiación de los capitalistas solo le desagrada a ellos que no constituyen, recuérdelo, una mayoría electoral en ninguna de las neo-democracias de nuestro tiempo.

–¿Cómo es posible –pregunto– que se mantengan a flote?

Piense usted en esta otra pregunta: –¿mediante la corrupción y la conspiración?...

Las teorías conspiratorias, surgen amenazantes pero son poco explícitas. *«Decir que el capitalismo genera el mercado y lo controla es una apreciación que soslaya, en gran medida, el problema. El problema se afronta reconociendo que el mercado se defiende solo».*

En otras palabras: la autoordenación del mercado es la protagonista.

El mundo es, casi siempre, una caótica aproximación de nuestras construcciones teóricas, y el mercado, lejos de ser omnipotente, es impotente ante las concentraciones monopolísticas y las transnacionales que estando por encima de él, se burlan.

Con una posición antimercado el economista John Kenneth Galbraith (*The Industrial State*. Penguin Books. England, 1972) explica que hay dos niveles, dos planos económicos: mientras las leyes del mercado operan al «*nivel de los miles de pequeños propietarios tradicionales*», no ocurre así en el nivel ultra superior de «*unos pocos cientos de empresas altamente organizadas*».

Pero esta crisis de falta de competencia es relativa, el monopolio no puede subir sus precios a voluntad, en el contexto de un estructurado sistema de acuerdos con pautas de libre competencia; si un monopolio incrementa sus precios más allá de cierto límite, permitirá el acceso de otros competidores.

Por tanto, la estructura es operativa, inclusive en el supuesto de que no haya suficiente competitividad y la competencia se muestra inactiva, ya que con un paso en falso del monopolio determinará que aquellos reemprendan la actividad.

El mercado, de hecho, puede tener sectores de deficiencia, pero aun en este caso, la naturaleza de su competencia sistemática servirá de defensa de los consumidores.

[«*Se necesita un solo día para hacer un senador y diez años para hacer un trabajador*» / Albert Camus]



Vivamos en favor de la libertad y en contra de la corrupción

El sistema del mercado es crucial para el subsistema productivo.

Nadie duda de que es el mercado el que mantiene la productividad, en tanto que si se utilizan otros mecanismos ajenos al mercado, la productividad descende. Y en la medida que esto se produzca y los sectores productivos operen con pérdidas y se consuman su capital, el desempleo cundirá.

El sistema de mercado cumple el rol de *«contrapesar el poder público y asegurar de esa forma la libertad individual. Esa es la función esencial de la propiedad»*. *«La fuerza del Estado es una fuerza de concentración mientras que la propiedad es una fuerza descentralizadora»* (Pierre Joseph Proudhon. *What is Property?*, 1840).

«La competencia es la misma ley de mercado. Suprimir la competencia equivale a suprimir (desalentar) la misma libertad... reintegrar al trabajador al sistema de

lavoritismo y de abuso del que 1789 lo liberó». (Proudhon: Idée Generale de la Révolution, 1851).

En consecuencia: **intentar eliminar la competencia política (la oposición o las minorías) equivale a suprimir la libertad y la democracia.**

Según Kant, el reino de la moral es el ámbito de las acciones desinteresadas (compensadas por sí mismas); otra máxima kantiana, que es precepto cristiano, señala que **«el hombre moral es aquel que no hace a los demás lo que no quiere que le hagan a él».**

En cambio nosotros, a comienzos del tercer milenio, maniobramos incansablemente para trasladar a los otros las cargas que no deseamos para nosotros mismos; si usted lo desea, puede trasladar este concepto a nivel entre naciones.

Mientras el hombre moral es empujado fuera del escenario, el hombre racional sale a escena.

La tradición utilitaria, relativiza la ética, reduciéndola.

Por ejemplo, si necesitamos que la economía progrese, debemos preocuparnos de que el crecimiento económico no disminuya ostensiblemente por causa de un apetito creciente de distribución y consumo.

Para los corruptores, no es racional poseer una mente cívica; ¿cómo puede ser racional perder el tiempo votando? (actitud típica de muchos estadounidenses). Por eso corrompen a los políticos corruptibles.

La verdad es que no puede existir una sociedad buena sin bien, es decir no puede existir esa sociedad allí donde la política se reduce a la economía, los ideales a la ideología y la ética al cálculo.

Si la política no es ética y es corrupta, la sociedad necesita más que nunca, de un hombre moral junto al hombre político instruido y honesto.

¿El perfeccionismo de las formas y la vocación de satisfacer demandas casi siempre llevan a obtener lo opuesto? ¿El pragmatismo excesivo y su concepción utilitarista de la política, llevan a tolerar un entorno altamente corrupto?

Existen respuestas, pero como no son explícitas, con su benevolencia, he intentado irreflexionar sobre ellas a lo largo de este no-ensayo por entregas.

Elegí el no-ensayo por entregas porque posibilita interpretaciones dentro de la más respetuosa pluralidad.

Estas variaciones sobre cómo luchar en democracia, por la libertad y contra la corrupción, han terminado.

[«¿Por qué no le dais a la gente libros sobre Dios? Por la misma razón por la que no le damos Otelo; son viejos; tratan sobre el Dios de hace cien años, no sobre el Dios de hoy, “Pero Dios no cambia” “Los hombres sin embargo, sí» / Aldous Huxley, *Un mundo feliz*]



Cambalache

«Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé...
¡En el quinientos tres y en el dos mil también!)
Que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafos,
contentos y amargados, valores y dublé ...
Pero que el siglo veinte es un despliegue
de malda insolente ya no hay quien lo niegue,
vivimos revolcados en un merengue
y en un mismo lodo todos manseaos...

¡Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor!...
¡Ignorante, sabio o chorro, generoso, estafador!...
¡Todo es igual! ¡Nada es mejor!
¡Lo mismo un burro que un gran profesor!
No hay aplazos ni escalafón,
los inmorales nos han igulao.
Si uno vive en la impostura y otra roba en su ambición,
¡da lo mismo que si es cura, colchonero, rey de bastos,
caradura o polizón!...
¡Qué falta de respeto, qué atropello a la razon!
¡Cualquiera es un señor! ¡Cualquiera es un ladron!
Mezclao con Stavisky va Don Bosco y 'La Mignón',

Don Chicho y Napoleón, Carnera y San Martín...
Igual que en la vidriera irrespetuosa de los cambalaches
se ha mezclao la vida,
y herida por un sable sin remaches
ves llorar la Biblia contra un calefón.

¡Siglo Veinte, cambalache problemático y febril!...
El que no llora no mama y el que no afana es un gil.
¡Dale nomás! ¡Dale que va!
¡Que allá en el horno nos vamo a encontrar!
¡No pienses más, sentate a un lao,
que a nadie importa si naciste honrao!
Es lo mismo el que labura noche y día como un buey,
que el que vive de los otros,
que el que mata, que el que cura,
o esta fuera de la ley...».

**Tango (letra y música) de
Enrique Santos Discépolo**

Bibliografía

Además de
Teoría de la democracia
de Giovanni Sartori

1989 Editorial Alianza Universidad, Tomo I, México. /
1989 Editorial Alianza Universidad, Tomo II, México,

Puede consultarse estos otros libros,
si la democracia en la que vive,
le da la libertad (el tiempo)
y el dinero para ello.

ADORNO, Theodor W. *La personalidad autoritaria*. Bs. As.: Paidós, 1969.

ALIGHIERI, Dante. *De la monarquía*. Bs. As.: Losada, s.f.

ALBERIONI *et al.* *L'attivista di partito*. Bolonia: s.d., 1967.

ALMOND, G. Y COLEMAN. *The politics of the developing areas*. U.S.A.: Princeton University Press, 1960.

ALMOND, G.A. Y VERBA, Sidney. *The civic culture*. U.S.A.: Princeton University Press, 1963.

ALMOND, G.A. Y POWELL, G.B. *Política comparada*. Bs. As., Paidós, 1972.

ALTHUSSER, Louis. *Para leer el capital*. México: Siglo XXI, 1969.

ÁLVAREZ, Jorge. *Teorías sobre la plusvalía*. México: FCE, 1982.

AMÉRICA LATINA - *reforma o revolución*. Bs. As.: Paidós, 1972.

AMIN, Samir. *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*. Barcelona: Anagrama, 1976.

_____. *L'accumulation a l'échelle mondiale*. París: Editions Anthropos, 1970.

ANDERSON, Perry. *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI, 1990.

APONTE, Antonio. *La economía de los países socialistas*. Barcelona: Salvat ed., 1973.

ARENDT, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza ed., 1981-1982, 2 vol.

APTER, David E. *Política de la modernización*. Bs. As.: Paidós, 1972.

ARISTÓTELES. *La política*. Madrid: Editora Nacional, 1977.

ARNOLETTO, Eduardo J. *Aproximación a la ciencia política*. Córdoba: Artesol ed., 1989.

ARON, Raymond. *El opio de los intelectuales*. Bs. As.: Siglo XX, 1968.

ARON, Raymond. *Democracia y totalitarismo*. Barcelona: Seix, 1971.

_____. *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza ed., 1984.

_____. *Republique imperiale: les etats-unis dans le monde (1945-1972)*. París: Calmann-Levy, 1973.

Breve diccionario político. Moscú: Ed. Progreso, 1983.

BALANDIER, George. *Antropología política*. Barcelona: Península, 1969.

BARAN, Pauly SWEEZY, Paul. *El capitalismo monopolista. Un ensayo sobre la sociedad industrial americana*. México: Siglo XXI, 1968.

BARRACLOUGH, Geoffrey. *Une introduction a l'histoire contemporaine*. París: Ed. Stock, 1964.

BELL, Daniel. *Fin de las ideologías*. Madrid: Tecnos, 1964.

_____. *The end of ideology: on the exhaustion of political ideas in the fifties*. New York: s.d., 1960.

BENDIX, R. *Nation-building and citizenship*. New York: John Wiley, 1964.

BERTALANFFY, Ludwig von. *Teoría general de los sistemas*. México: FCE, 1981.

BENOIST, Alain de. *Democratie: le probleme*. París: Le Labyrinthe, 1985.

BEYME, Klaus von. *Teorías políticas contemporáneas - una introducción*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1977.

BOBBIO, N. et al. *Diccionario de política*. México: Siglo XXI, 1986.

_____. *Saggi sulla scienza politica in italia*. Bari: s.d., 1969.

_____. *Il futuro della democrazia. Una difesa delle regole del gioco*. Torino: Einaudi ed., 1984.

BRZEZINSKI, Zbigniew. *Ideología y poder en la política soviética*. Bs. As.: Paidós, 1968.

BRAILLARD, Philippe. *Theorie des systemes et relations internationales*. Bruselas: Ed. Bruylant, 1977.

BRAILLARD, P. y DE SENARCLENS, P. *El imperialismo*. México: FCE, 1982.

BRUNSCHWIG, H. *Le partage de l'afrique noire*. París: Flammarion, 1971.

CARDOZO, F. H. y FALETTO, E. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1969.

CARTWRIGHT, Dorwin y ZANDER, Alvin. *Group dynamics: research and theory*. San Francisco: Ed. Harper and Row, 1962.

CASSIRER, Ernest. *El mito del estado*. México: FCE, 1968.

CESAREO, Vincenzo et al. *La cultura dell'italia contemporanea. Trasformazione dei modelli di comportamento e identità sociale*. Torino: Ed. Fondazione Giovanni Agnelli, 1990.

CHATELET, F., DUHAMEL, O. y PISIER, E. *Dictionnaire des oeuvres politiques*. París: P.U.E, 1989.

CHEVALIER, J. J. *Los grandes textos políticos - desde maquiavelo a nuestros días*. Madrid: Aguilar, 1979.

COPLIN, W. D. *Introduction to international politics. A theoretical overview*. Chicago: s.d., 1971.

CROZIER, Michel. *Le phenomene bureaucratique*. París: Seuil, 1964.

DENQUIN, Jean-Marie. *Science politique*. París: P.U.F., 1991. *Desarrollo político - sentido y condiciones*. Bs. As.: Paidós, 1972.

DEUTSCH, K. W. *Nationalism and social communication. An inquiry into the foundations of nationality*. Mass.: M.I.T. Press, 1953.

DEUTSCH, K. *et al. Political community and the north atlantic area. International organization in the light of historical experience*. Princeton: s.d., 1957.

DEUTSCH, Karl. *Política y gobierno*. México: FCE, 1976.

_____. *Los nervios del gobierno*. México: FCE, 1985.

DEUTSCH, Morton y KRAUSS, Robert. *Theories in social psychology*. U.S.A.; Basic Books, Inc., 1965.

DIAMANT, A. «The nature of political development» en Finkle y Gable *Political development and social change*. New York: John Wiley, 1966.

«Discursos sobre la primera decada de tito livio», en *Obras*. Barcelona: Vergara, 1965.

DJILAS, Milovan. *La nueva clase*. Bs. As.: Sudamericana, 1965.

DRAPER, T. *Abuse of power*. London: Seeker and Warburg, 1966.

DURKHEIM, E. *De la división del trabajo social*. Bs. As.: Schapire, 1967.

EASTON, D. y DENNIS, J. *Children in the political system*. New York: s.d., 1969.

EASTON, David. *Esquema para el análisis político*. Bs. As.: Amorrortu, 1969.

ECKSTEIN, H. y APTER, D. *Comparative politics. A reader*. New York: s.d., 1963.

ECKSTEIN, H. *Division and cohesion in democracy. A study of norway*. New Jersey: Princeton University Press, 1966.

Economía y sociedad. México: FCE, 1964.

EISENSTADT, S. N. *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*. Bs. As.: Amorrortu, 1969.

El político. Madrid: Inst. de Est. Políticos, 1955.

EMMANUEL, Arghiri. *L'échange inegal. Essai sur les antagonismes dans les rapports économiques internationaux*. París: Maspero, 1969.

FEJTÖ, François. *La social-democratie quand meme*. París: Ed. Robert Laffont, 1980.

FESTINGER, Leo. *A theory of cognitive dissonance*. Indiana: Row, Peterson and Co., 1957.

FRANK, Andre Gunder. *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1970.

FRENCH, John R. P. Jr. «A formal theory of social power» en *Cartwright y Zander: Groups dynamics: research and theory*. New Jersey: Ed. Harper and Row, 1962.

FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amarrortu, 2005.

FRIEDRICH, Carl. *El hombre y el gobierno: una teoría empírica de la política*. Madrid: Tecnos, 1968.

FRIEDRICH, C. y BRZEZINSKI, Z. *Dictadura totalitaria y autocracia*. Bs. As: Libera, 1975.

FULBRIGHT, J. W. *The arrogance of power*. New York: Vintage Books, 1966.

FURTADO, Celso. *Desarrollo y subdesarrollo*. Bs. As.: Eudeba, 1965.

GALLAGER, John y ROBINSON, Ronald. *Africa and the victorians. The official mind of imperialism*. London: Ed. Macmillan, 1961.

GARCIA PELAYO, Manuel. *Mitos y símbolos políticos*. Madrid: Taurus, 1964.

GENIAGE, Jean. *L'expansion coloniale de la France sous la III^e République (1871-1914)*. París: Payot, 1968.

GERMANI, Gino. *Política y sociedad en una época de transición*. Bs. As.: Paidós, 1965.

GOLEMBIEWSKI, Robert. *Behavior and organization: organization and methods and the small group*. Illinois: Rand McNally and Co., 1962.

GORI, U., BRUSCHI, A., ATTINA, F. *Relazioni internazionali. Metodi e tecniche di analisi*. Milán: s.d., 1974.

GRAMSCI, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, la política y el estado*. México: Juan Pablos, 1975.

GURVITCH, Georges. *Tratado de sociología*. Bs. As.: Kapeluz., 1963.

HABERMAS, Jürgen. *Teoría y praxis*, Bs. As.: Sur 1967.

HARGROVE, E. E. C. *Presidential leadership - personality and political style*. New York /London: s.d., 1966.

HAURIOU, A. *Derecho constitucional e instituciones políticas*. Barcelona: Ed. Ariel, 1971.

HEARNSHAW, F. J. C. *Historia de las ideas políticas*. Santiago de Chile: Empresa Letras, s.f.

HILFERDING, Rudolf. *Le capital financier. Etude sur le développement récent du capitalisme*. París, Ed. du Minuit, 1970.

HOBSON, J. A. *Estudios del imperialismo*. Madrid: Alianza, 1981.

HOFFMAN, Stanley. *Gulliver empetre. Essai sur la politique étrangère des états-unis*. París: Seuil, 1971.

HOLT, R. T. y TURNER E. *The methodology of comparative research*. New York: s.d., 1970.

HOMANS, George C. *Social behavior: its elementary forms*. San Diego: Harcourt, Brace and Word Inc., 1961.

HORKHEIMER, Max y ADORNO. Theodor *Dialéctica del iluminismo*. Bs. As.: Sur, 1969.

HOVLAND, Car I. et al. *Communication and persuasion: psychological studies of opinion change*. U.S.A.: Yale University Press, 1953.

HULL, Clark L. *A behavior system*. U.S.A.: Yale University Press, 1952.

HUNTINGTON, S. P. y MOORE, C. H. *Authoritarian politics in modern society*. New York: s.d., 1970.

HUNTINGTON, S. P. *El orden político en las sociedades en cambio*. Bs. As.: Paidós, 1972.

Imperialismo y clases sociales Madrid: Tecnos, 1965.

JAGUARIBE H. et al. *La dependencia político-económica de América Latina*. México: Siglo XXI, 1971.

JAGUARIBE-FURTADO-FALETTO-DITELLA-ESPARTACO-SUNKEL-CARDOSO. *La dominación de América Latina*. Bs. As.: Amorrortu, 1972.

JAGUARIBE, Helio. *Sociedad, cambio y sistema político*. Bs. As.,: Paidós, 1972.

JALEÉ, Pierre. *L'imperialisme en 1970*. París: Maspero, 1973.

JAMES. Emile. *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Aguilar, 1974.

JOUVENEL, Bertrand de. *El poder*. 2a. ed. Madrid: Ed. Nacional, 1974.

KAPLAN, M. A. *System and proces in international politics*. New York, s.d., 1957.

KEOHANE, R. O. y NYE, J. S. *Transnational relations in world politics*. U.S.A.: Harvard University Press, 1972.

KNOLL, E. y McFADEN, J. *American militarism 1970*. New York: The Viking Press, 1969.

KORNHAUSER, William. *Aspectos políticos de la sociedad de masas*. Bs. As.: Amorrortu, 1969.

LAGROYE, Jacques. *Sociologie politique*. París: Presses de la F.N. des Sc. Po. & Dalloz, 1991.

LANE, R. *Political ideology*. New York: s.d., 1962.

LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Ed. Labor, 1974.

La política - lógica y método en las ciencias sociales. México: FCE, 1984.

Las formas elementales de la vida religiosa. Bs. As.: Schapire, 1968

Las leyes. Madrid: Inst. de Est. Políticos, 1960.

LASSWELL, Harold D. *Psychopathology and politics.* U.S.A.: Viking Press Inc., 1962.

LE BON, Gustave. *Psicología de las multitudes.* Bs. As.: Ed. Albatros, 1978.

LERNER, D. *The passing of traditional society. Modernizing the middle east.* New York: s.d., 1958.

LEWIN, Kurt. *Field theory in social science.* New York: Dorwin Cartwright (Harper and Bros.), 1951.

LIJPHART, A. *The politics of accomodation. Pluralism and democracy in the netherlands.* Los Ángeles: Berkeley, 1968.

LIPSET, Seymour Martin *El hombre político. Las bases sociales de la política.* Bs. As.: Eudeba ed., 1977.

LISKA, George. *Imperial america. The international politics of primacy.* Baltimore: John Hopkins Press, 1967.

LOCKE, John. *Ensayo sobre el gobierno civil.* Madrid: Aguilar, 1981.

LOPEZ, Mario Justo. *Introducción a los estudios políticos*. Tomos I y II. Bs. As.: Kapeluz, 1975.

LUKACS, György. *El asalto a la razón*. México: Grijalbo, 1976.

LUXEMBURG, Rosa. *La acumulación del capital*. México: Grijalbo, 1967.

MAIMONIDES, M. *The guide of the perplexed*. Chicago: University of Chicago Press, 1963.

MANNHEIM, Karl. *Ideología y utopía*. Madrid: Aguilar, 1973.

MAQUIAVELO, Nicolás. *El príncipe*. Madrid: Alianza ed., 1981.

MARCH, James G. y SIMON, Herbert A. *Organizations*. U.S.A.: John Wiley and Sons, 1962.

MARX, Karl. *La ideología alemana*. México: Grijalbo, 1969.

_____. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Madrid: Siglo XXI, 1972.

MARCUSE, Herbert. *El fin de la utopía*. México: Siglo XXI, 1968.

MERTON, Robert K. *Teoría y estructuras sociales*. México: FCE, 1964.

MICHELS, Robert. *Los partidos políticos*. Bs. As.: Amorrortu, 1969

MILBRATH, Lester W. *Political participation*. Chicago: Rand Mc Nally and Co., 1965.

MOONEY, Alfredo y ARNOLETTO, Eduardo. *Cuestiones fundamentales de ciencia política*. Córdoba: Alveroni ed., 1993.

MORGENTHAU, Hans. *Politics among nations. The struggle for power and peace*. New York: Knopf, 1955.

MORLINO, L. *Comp. Guide agli stud! D! Scienze sociali in italia - scienza politica-* Torino: Ed. Fond. G. Agnelli, 1989.

MORO, Tomas. *Utopía*. Barcelona: Bruguera, 1973.

ORGANSKI, A. F. K. *The stages of political development*. New York: A. Knopf, 1965.

OSSOWSKI, Stanislaw. *Estructura de clase y conciencia social*. Barcelona: Península, 1971.

PARETO, Vilfredo. *Forma y equilibrio sociales*. Madrid: Rev. de Occidente, 1966.

PARETI, Luigi *et al. Historia de la humanidad - desarrollo cultural y científico*. Torno II (UNESCO). Bs.As.: Ed. Sudamericana, 1969.

PARTRIDGE, P. H. *Consent and consensus*. Londres: s.d. 1971.

PARSONS, Talcott. *El sistema social*. Madrid: Rev. de Occidente, 1976.

PITKIN, H. *The concept of representation*. California: Berkeley, s.d., 1967.

PINTO, A. *Política y desarrollo*. Santiago de Chile: Ed. Universitaria, 1972.

PLATON. *La república*. México: UNAM, 1971.

PUTNAM, R. D. *The belief of politicians: ideology, conflict and democracy in Britain and Italy*. London: s.d., 1973.

PYE, L. W. *Communications and political development*. U.S.A.: Princeton, s.d., 1963.

PYE, L.W. y VERBAS. *Political culture and political development*. U.S.A.: Princeton University Press, 1969.

RIBEIRO, Darsy. *El dilema de América Latina*. México: Siglo XXI, 1971.

RICHARDSON, Lewis. *Arms and insecurity*. Chicago: Quadrangle Press, 1960.

ROBINSON, R. *The non-european foundations of european imperialism: sketch for a theory of collaboration*. London: Longman, 1972.

ROUQUIÉ, Alain. *Extremo occidente. Introducción a América Latina*. Bs.As.: Emecé, 1991.

ROSTOW, Walt. *Las etapas del crecimiento económico*. México: FCE, 1961

_____. *Politics and the stages of growth*. Cambridge: s.d., 1971.

ROSENAU, J. N. *The scientific study of foreign policy*. New York: s.d., 1971.

RUNCIMAN, W. G. *Sociology in its place*. Cambridge: s.d., 1970.

RUYER, Raymond. *L'utopie et les utopies*. París: PUF, 1950.

SABINE, G. H. *Historia de la teoría política*. México: FCE, 1984.

SANTOS, Theodoro dos. *La nuova dipendenza*. Milán: s.d., 1971.

SARTORI, G. *Homovidens. La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus, 1998.

_____. *La sociedad multiétnica*. Madrid: Taurus, 2003.

_____. «Sistemi rappresentativi» en *Democrazia e definizio- ni*. Bolonia, s.d., 1969.

SCHLESINGER, A. M. *The imperial presidency*. New York: Popular Library, 1974.

SCHUMPETER, Joseph. *Capitalismo, socialismo y democracia*. México: Aguilar, 1961.

SCHMITT, Carl. *Legalidad y legitimidad*. Madrid: Aguilar, s.f.

SAINT-SIMON. *Oeuvres*. París: Anthropos, 1966.

SIMON, Herbert A. *Models of man: social and rational*. New York: Wiley, 1957.

SKINNER, B. F. *Science and human behavior*. New York: Free Press, 1953.

SOREL, Jean. *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza, 1976.

SUNKEL, O. y PAZ, P. *El desarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI, 1970.

SWEEZY, Paul. «Élite de poder o clase dirigente» en Jorge Álvarez, *Teorías sobre la plusvalía*. México: F.C.E., 1982.

TUCKER, Robert. *Nation or empire? Debate over american foreign policy*. Baltimore: J. Hopkins Press, 1968.

TZU, Sun. *L'art de la guerre*. París: Flammarion, 1972.

URBANI, G. *La politica comparata*. Bolonia, 1972.

VERBA, Sidney. *Small groups and political behavior*. U.S.A.: Princeton University Press, 1961.

VOEGELIN, Eric. *Nueva ciencia de la política*. Madrid: Rialp, 1968.

VRANICKI, P., SUPEK, R. et al. *El socialismo yugoeslavo actual*. México: Grijalbo ed., 1975.

WEBER, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 1967.

YARMOLINSKY, Adam. *The military establishment. Its impact on american society*. New York: Harper & Row, New York, 1971.

ZEITLIN, Irving. *Ideología y teoría sociológica*. Bs. As.: Amorrortu ed., 1973.



Bob Row
gioriamunci.blogspot.com

Sartori-Maquiavelo

Esta publicación se distribuye de forma digital,
fue finalizada en octubre de 2018.

Durante 31 semanas consecutivas, Jorge Carrol, publicó entre los años 2001 y 2002, en el matutino guatemalteco Siglo Veintiuno, la columna dominical «Sursum Corda»; lo que dio en llamar variaciones sobre obra del filósofo italiano Giovanni Sartori: «Teoría de la Democracia», y lo hizo bajo las premisas de cómo luchar en democracia, por la libertad y en contra de la corrupción. Eligió para ello una forma inédita de género: el no-ensayo por entregas.

Recordemos que Sartori es un prestigioso investigador en el campo de las Ciencias Políticas, especializado en el estudio de la política comparada, que impulsó la creación de la primera Facultad de Ciencias Políticas en Italia, la Cesare Alfieri y que fundó en la *Revista Italiana di Scienza Politica*. Sartori ha contribuido firmemente en distintas vertientes de la teoría democrática y ha preconizado la aplicación el estudio de la ciencia política, para el diseño de las instituciones políticas y mejorar su funcionamiento. Fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias 2005, en reconocimiento a su trabajo en la elaboración de una teoría de la democracia en la que ha estado siempre presente su «compromiso con las garantías y las libertades de la sociedad abierta».

Las respuestas que da Carrol, premeditadamente no son explícitas -aunque en no pocas ocasiones sus variaciones acompañan ejemplos, dentro de un tono coloquial, indispensable para la pluralidad de lectores de un periódico- sino una visión de la problemática de la democracia contemporánea en Guatemala y en Iberoamérica.